
INTRUSOS
SIDERALES
VAN. S. SMITH
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

VAN S. SMITH

Intrusos Siderales



EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

Depósito legal: V. 2.209 - 1961.
PRINTED IN SPAIN
EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA
Num. de Rgtro. 4.149 - 1961



CAPÍTULO I

La noticia fue confirmada por la radio en un boletín extraordinario de las 2,30 de la madrugada del 6 de junio. El extraño cuerpo celeste volvía sobre la Tierra después de haberse alejado 180.000 kilómetros. Podía asegurarse que ésta era su máxima distancia, siendo la mínima de su órbita de 40.000 kilómetros.

Aquel cuerpo celeste desconocido había pasado a convertirse en un satélite de la Tierra.

Excepto Max Deaves, que había sido llamado urgentemente a Francfort por enfermedad de su madre, el resto del equipo se encontraba reunido en torno a la radio. Eran dos mujeres y cuatro hombres; Geraldine Blomberg, Helda Dermenghem, Rolf Bircher, Kurt Gerlach, Herman Reichardt y Carl Deugel.

El locutor de la radio de Hamburgo terminó diciendo:

-Dentro de unos minutos, el satélite podrá ser visto de nuevo sobre el cielo de Europa.

Rolf Bircher se puso en pie. No era muy alto, ninguno de los hombres y mujeres del «Proyecto Mond» eran demasiado corpulentos, aunque todos eran robustos y gozaban de una salud de hierro. Tenía los ojos azules, el

pelo rubio y la nariz afilada. Contaba 30 años de edad, era soltero como todos sus compañeros y ostentaba el grado de comandante de las Fuerzas Aéreas alemanas.

Sin pronunciar palabra, Bircher tomó la puerta y subió por la escalera de cemento hasta la Base de Cohetes.

La Luna, meta de las ambiciones de Bircher y todos sus compañeros de equipo, resplandecía en un cielo de verano casi por completo desprovisto de nubes. La Base estaba enclavada en las marismas de las proximidades de Vilhemsafen, en la Bahía de Jade, abierta al Mar del Norte.

Mientras Bircher quedaba mirando fijamente al horizonte, por donde en breve aparecería el nuevo satélite de la Tierra, Herman Reichardt subió por la escalera del refugio y vino a situarse a su lado.

Un profundo silencio flotaba sobre la gran Base de Cohetes. Hacia el norte, en la dirección que observaban Bircher y Reichardt, se alzaba en la distancia un alto armazón de hierro pegado a una más alta y sólida torre maciza que brillaba bajo los reflectores con reflejos de aluminio.

Cerca de la torre, casi a ras del suelo, se veía el «bunker» de acero y cemento desde el cual se disparaban los cohetes. A la derecha quedaban muy alejados los hangares y los talleres.

Por el este, un avión estaba tomando tierra en la larga pista de cemento de 3.000 metros para reactores.

Mientras Bircher oteaba el horizonte hacia el norte, los proyectores que iluminaban el gran cohete de cinco secciones arrimado a la grúa se apagaron de golpe. En el silencio de la noche se escuchó el prolongado aullido de los motores de reacción del avión que rodaba por la pista.

Luego los proyectores y las balizas de la pista de aterrizaje se apagaron a su vez. De nuevo reinó el silencio.

De pronto, un nuevo y extraño astro asomó por el horizonte y empezó a escalar el cenit con prodigiosa rapidez. Tenía el tamaño aparente de una naranja de buen calibre, y resplandecía con una luz brillante y tranquila.

-Ahí está -dijo la voz de Geraldine Blomberg junto a Rolf-. Debe medir por lo menos tres kilómetros de diámetro para que lo veamos tan grande a esta distancia.

Rolf se dio cuenta entonces que todos sus compañeros de equipo habían salido del refugio y estaban a su lado contemplando en silencio el orto del extraordinario satélite.

No eran los únicos. En aquella misma base de cohetes, en toda Alemania y probablemente en el resto de Europa, millones de personas de toda edad y condición estarían a su vez siguiendo con ojos estupefactos el rápido vuelo del satélite sobre sus cabezas.

-¿Que te parece eso, Geraldine? ¿Se trata de un globo inflado, a estilo del «Eco I» de los americanos de mil novecientos sesenta, o hay alguna

posibilidad de que sea un asteroide de buen tamaño capturado por la fuerza de atracción de la Tierra?

La pregunta acababa de hacerla Kurt Gerlach y la respuesta de Geraldine fue firme y rápida.

-No, eso último es imposible. La Tierra y todos los planetas gravitan dentro del campo de atracción del sol. Un asteroide de gran tamaño que cruzara las fronteras de nuestro sistema solar, aun haciéndolo a una velocidad muy pequeña, comenzaría a acelerar su velocidad de caída en dirección al sol, de tal forma que esa velocidad sería demasiado grande para que la Tierra pudiera capturarle dentro de su campo de atracción propia. Sin duda se trata de un globo de algún material liviano inflado de cualquier gas, como el «Eco» norteamericano de mil novecientos sesenta.

-Pues si es un satélite puesto en órbita por los rusos o los americanos, ¿por qué no ha surgido todavía una voz que se atribuya el mérito de ese logro? -preguntó Reichardt.

El grupo guardó silencio. En la base, todas las luces continuaban apagadas. Arriba en el cielo, el gigantesco satélite seguía escalando las alturas.

Helda Dermenghem habló y dijo:

-Bueno, esperemos que si no se sacaron fotografías bastante buenas anoche, las mejoren en esta ocasión.

En efecto, no era ésta la primera vez que el «satélite» pasaba en su raudo vuelo sobre Europa. Surcando el cielo de norte a sur, el misterioso cuerpo celeste había estado la noche anterior sobre la Unión Soviética, siendo visible desde Alemania trazando un arco bastante bajo en el horizonte del éste.

En el intervalo entre una aparición y otra, el «satélite» se había ofrecido a la curiosidad de los americanos recorriendo todo su continente desde Alaska a la Tierra de Fuego, para volver ahora sobre Europa Central.

En la quietud desacostumbrada de la Base de Cohetes se dejó oír el rumor de un motor de automóvil que se acercaba.

El auto, un robusto camión militar de fabricación norteamericana, vino hacia el grupo con los faros apagados y se detuvo ante la achatada y maciza mole de cemento que sobresalía del nivel del terreno.

El coronel Grillparzer saltó del camión y vino rápidamente hacia los jóvenes cosmonautas.

-¡Ah, están aquí! Vengan conmigo, el general Reissmann y el profesor Busch quieren hablarles en el hangar número nueve.

-¿Ahora? -el tono de la voz de Deugel expresaba la sorpresa de la totalidad del grupo.

-Bueno, vamos allá -dijo Rolf Bircher dirigiéndose el primero hacia el camión.

Fraulein Blomberg y Helda Dermenghem se acomodaron en la cabina junto al conductor, trepando el coronel a la caja del camión en compañía de los cuatro cosmonautas. El auto se puso en marcha dando media vuelta para regresar hacia el centro de la Base donde estaban los talleres y laboratorios.

Dos soldados armados montaban guardia junto a la angosta puerta metálica de acceso al hangar número nueve. Dos «jeeps» y un «Mercedes» negro estaban aparcados ante la edificación. El grupo se apeó del camión y entró en el hangar siguiendo al coronel que abría la marcha.

Dentro del hangar número nueve, los cosmonautas pasaron junto a la gran grúa giratoria que ellos llamaban «centrifugadora», donde repetidas veces, incrustados en la angosta cabina pendiente del extremo del largo brazo giratorio de la grúa, habían sido sometidos al tormento de experimentar sus reacciones físicas bajo aceleraciones de dos, cuatro y hasta ocho «ges» bajo la observación del doctor Heinz.

Después de la máquina «centrifugadora», un alto tabique dividía el hangar. El grupo pasó por una puerta de acero y llegó por un ancho corredor hasta el aula donde habían pasado la mayor parte de su tiempo desde que llegaron a la Base.

El general Bernhard Reissmann y el doctor Heinz estaban de pie en el estrado cerca de la pantalla donde solían realizarse las proyecciones. El profesor Busch y su ayudante Schreiner manipulaban en el proyector en el extremo opuesto del aula. Con ellos se encontraban otros dos hombres, uno de ellos bastante popular entre los cosmonautas que se preparaban para su gran salto a la Luna.

Era el profesor Blomberg, director del Observatorio Astronómico Nacional.

Geraldine Blomberg cruzó la sala entre las mesas para besar ambas mejillas a su padre.

Mientras, el resto del grupo se acercaba al estrado y formaba un círculo en torno del general Reissmann.

-Les he llamado aquí para darles cuenta de algo muy importante, al extremo que puede alterar sustancialmente nuestros proyectos de un vuelo inmediato a la Luna -dijo gravemente el general Reissmann.

-¿Se trata de algo relacionado con ese «satélite» gigante que en estos momentos pasa sobre nuestras cabezas? -preguntó Rolf haciéndose eco de la inquietud de sus compañeros.

-Precisamente. Un avión reactor llegado directamente de los Estados Unidos nos ha traído copias de las fotografías telescópicas que los americanos lograron obtener con su telescopio de cinco metros de abertura de Monte Palomar. Tomen asiento. En primer lugar proyectaremos esas diapositivas, y luego discutiremos.

Los futuros cosmonautas de la nueva Alemania se separaron del

estrado, yendo por la fuerza de la costumbre a ocupar sus asientos que cada uno había pulimentado tras largas horas de permanencia en la clase.

Después de corta e impaciente espera, Geraldine Blomberg fue con su padre a situarse de pie a un lado de la pantalla. Schreiner preguntó desde atrás si podía empezar. Reissmann dijo:

-Sí, adelante.

Las luces de la sala se apagaron de golpe.

Sobre la blanca pantalla se proyectó la imagen de un globo de superficies extraordinariamente brillantes, salvo algunas pequeñas manchas oscuras de contorno borroso e irregular. Luego, al fijarse mejor, los espectadores observaron una notable diferencia entre la esfera propiamente dicha y un ancho anillo que al parecer rodeaba el globo aumentando su diámetro aparente.

En el anillo que envolvía la esfera, los cosmonautas observaron una serie de aberturas redondas regularmente distribuidas y, a juzgar por su mayor reflexión, cubiertas algunas por láminas de vidrio.

-¿Es el satélite? -preguntó Rolf Bircher desde su silla.

-Sí -repuso el profesor Blomberg-. Ahora podrán verlo por secciones ampliadas.

Una diapositiva empujó a otra ante el objetivo del proyector y en la pantalla apareció una sección muy ampliada del satélite enfocada a su anillo.

-El satélite mide unos tres kilómetros de diámetro y su anillo envolvente sobresale unos quinientos metros formando un ancho alero a todo su alrededor. Observen esas aberturas regulares en la superficie de su anillo. Ahora verán el satélite ligeramente decantado.

Una tercera diapositiva sustituyó a la segunda. En primer lugar apareció un plano general del cuerpo celeste ocupando toda la pantalla.

Visto desde esta nueva perspectiva, el globo brillante se parecía de una forma extraordinaria al planeta Saturno, aunque con un anillo ostensiblemente más pequeño. Otra imagen sustituyó a ésta, acercando de nuevo en prodigioso salto el satélite a los ojos de los espectadores.

La cámara había sido enfocada esta vez a uno de los «polos» del extraño cuerpo celeste.

-¿Qué pueden ser esos agujeros en la envoltura del globo? -preguntó Carl Deugel.

-Probablemente eso, agujeros. Agujeros producidos por el choque de meteoritos de gran tamaño en la coraza de la esfera -dijo el profesor Blomberg.

-¿Entonces no es un globo lleno de gas? -exclamó Deugel admirado.

-No, no lo es -las luces de la sala se encendieron de nuevo y el profesor Blomberg se enfrentó con los rostros sorprendidos de su auditorio-. En

realidad se trata de una construcción enteramente metálica con un peso de varios millones de toneladas.

-¡Millones de toneladas! -exclamó la voz ronca de Kurt Gerlach.

-En otras palabras -dijo el general Reissmann- no se trata de un globo satélite hinchado de gas y puesto en órbita por alguna de las potencias de nuestro mundo, sino, a lo que parece, de una gigantesca nave espacial de otro planeta.

Un silencio estupefacto se hizo sobre la sala. Los futuros pilotos del espacio se miraron unos a otros con ojos llenos de incredulidad.

Rolf Bircher se puso lentamente en pie.

-Una nave espacial -dijo mirando fijamente a Bircher-. ¿Tripulada tal vez?

-Tal vez -repuso Bircher. Agregando-: En todo caso, eso les concierne averiguarlo a ustedes.

-¿Al decir a nosotros, se refiere a nuestro grupo de cosmonautas?

Fue el general Reissmann quien contestó por el astrónomo:

-La forma subrepticia en que esa extraña nave ha llegado hasta las proximidades de la Tierra, su manera de conducirse, nos hace sospechar que haya a bordo de ella seres inteligentes que la han conducido hasta la órbita de satélite que ahora ocupa. Pero tanto si está tripulada, como si se trata de una máquina perdida que vino a nosotros impulsada por la casualidad, el hecho de que esté aquí es para nosotros de una importancia considerable. Los americanos se preparan en este momento para hacer llegar una nave tripulada hasta ese satélite, y otro tanto podemos asegurar que estarán haciendo los rusos, aunque nada sepamos de los planes de éstos. Alemania no puede ni debe permanecer al margen en este inquietante asunto. Si lo que suponemos una nave espacial de origen extragaláctico se halla a la deriva dando vueltas en torno a nuestro planeta, sin tripulación y sin control, probablemente se aplicarán a su captura las mismas leyes sobre el rescate de buques que rigen para las naves abandonadas en el mar. La posesión de un satélite artificial de las dimensiones del que ahora nos visita, es tan importante para la nación que lo rescate y ocupe que sobran ponderaciones. Los Estados Unidos, Rusia y Alemania, en mancomunidad o por sí solas cada una de ellas, pueden utilizar ese satélite como avanzada base intersideral para futuros saltos a otros planetas más lejanos. Si los rusos nos ganan a los americanos y a los alemanes en la carrera que empieza ahora por la conquista de ese satélite, ya podemos asegurar que se reservarán para sí solos el exclusivo uso del mismo como base para sus futuras exploraciones del espacio. Por eso los americanos nos ruegan que apresuremos nuestros planes de lanzar un cohete tripulado a la Luna, cambiando la meta de la Luna por la más próxima de este satélite o nave espacial.

-Supongamos que esa fantástica nave del espacio está tripulada -arguyó Rolf.

-En ese caso, la gloria de los hombres que aborden a esa nave será tanto mayor cuanto que serán los primeros hombres de la Tierra que traben contacto con seres llegados de otro mundo -contestó el profesor Busch sin vacilar.

Rolf Bircher miró a sus compañeros. En el pensamiento de todos ellos estaba la posibilidad de ver convertido este primer «contacto» en algo tan funesto como una muerte violenta a manos de los ignotos tripulantes de la nave espacial.

Pero, naturalmente, nadie se atrevió a hablar de estos temores en presencia de sus superiores, los cuales, por otra parte, debían haber considerado este riesgo, estimándolo como cosa natural.

-Todos ustedes se ofrecieron voluntarios para un intento de vuelo a la Luna -dijo el general Reissmann-. Antes de seguir adelante, quisiera saber si están igualmente dispuestos a tomar parte en este intento de abordaje a la nave del espacio. Por favor, que se pongan de pie aquellos que quieran tripular nuestro cohete en este próximo viaje.

Gerlach y Deugel se pusieron en pie inmediatamente. Reichardt y Helda Dermenghem se incorporaron a continuación.

Rolf ya estaba de pie y así continuó, lo mismo que la señorita Blomberg que estaba junto a su padre.

CAPÍTULO II

A las cuatro de la madrugada del 6 de junio, todo el personal técnico de la Base se encontraba reunido en el hangar número 9 alrededor de la máquina centrifugadora. El general Reissmann, encaramado sobre el largo brazo metálico de la grúa, lanzó primero una mirada aguda sobre las setenta u ochenta personas allí concentradas, y luego habló.

Recordó Reissmann cómo Alemania, vencida y dividida al final de la Segunda Guerra mundial, desmantelada por los bombardeos, saqueadas sus fábricas por los vencedores a título de compensación por los daños causados durante la guerra, había logrado tras una época de intensivo trabajo y sacrificios, superar sus dificultades económicas hasta entrar por méritos propios en el concierto de las grandes naciones europeas para ocupar el puesto que realmente le correspondía.

Alemania, dijo Reissmann a su tenso auditorio, había estado presente en espíritu en las últimas y espectaculares conquistas del espacio. Técnicos y científicos alemanes, secuestrados por los rusos e invitados a emigrar a su país por los norteamericanos, habían dado a aquellos países toda la extensa gama de proyectiles cohete, gracias a los cuales fue factible a los rusos poner en órbita su primer «Sputnik», lanzar su primer cosmonauta al espacio, y enviar una nave tripulada en un viaje de circunvalación alrededor de la Luna con regreso a la Tierra.

Ahora que las condiciones económicas del país lo permitían, Alemania se proponía a su vez tomar parte en la carrera por la conquista del espacio exterior.

-El único espacio -dijo Reissmann con sarcasmo- que no nos ha sido vedado por el temor pueril y casi supersticioso de nuestros antiguos enemigos a la ancestral fuerza expansiva del espíritu de nuestro pueblo.

Alemania, continuó diciendo Reissmann, ya no podía aspirar a ser la primera en lanzar un satélite artificial ni en poner un astronauta en órbita alrededor de la Tierra o la Luna. Sin embargo, la carrera apenas acababa de comenzar. Alemania poseía hombres y medios técnicos para acortar la ventaja que Rusia y los Estados Unidos le llevaban en este terreno, y buena prueba de ello era la construcción del «Abenteurer I» en aquellos mismos terrenos del centro experimental de Vilhemsafen, una nave capaz para dos o tres cosmonautas destinada a volar hasta la Luna con alunizaje incluido y regreso a la Tierra.

-Ahora, inesperadamente, una magnífica oportunidad se ofrece a nosotros -dijo Reissmann-. La oportunidad consiste en intentar el abordaje de la gran nave del espacio que nos visita, y el éxito de la empresa consiste en llegar los primeros. Esto es algo que está en nuestras posibilidades y podemos intentar mañana mismo o pasado. Si esa gran nave del espacio

está tripulada, nuestros pilotos serán los primeros que entren en contacto con seres de otro mundo. Si, por el contrario y esto es lo que parece, la nave del espacio está abandonada, nosotros debemos ser los primeros que reclamen para sí la propiedad sobre ella. Inútil será por demás insistir en la importancia que tendría para nuestro país poseer una isla espacial de tres kilómetros de diámetro dando vueltas alrededor de la Tierra. Ésta es una presa que bien merece nuestros esfuerzos por conquistarla, y por ello les he llamado aquí. Nuestro «Abenteurer I» debe estar listo para despegar dentro de cuarenta y ocho horas. No les pregunto si creen que esto es posible porque lo vamos a hacer de todos modos. Tengo confianza plena en ustedes y sé que están a mi lado.

Un estentóreo «¡hurra!» subrayó las palabras de Reissmann. El alto espíritu de emulación que había mantenido a aquellos hombres trabajando tenazmente durante largos meses, veía en esta ambiciosa empresa digna meta para premiar sus redoblados esfuerzos.

Reissmann por último hizo una advertencia.

Ninguna publicidad. El intento de abordaje a la nave espacial debía mantenerse dentro del más estricto secreto, pues un anuncio prematuro sobre tal propósito no haría sino estimular las prisas de los soviéticos, quienes por otra parte ya estaban haciendo todo lo posible por llegar los primeros al satélite.

Llenos de entusiasmo, los técnicos e ingenieros se dispersaron para reintegrarse al trabajo que habían abandonado al anochecer. La mayoría de ellos no habían dormido siquiera aquella noche. Y ninguno volvería a saber lo que era el descanso sobre una cama ni cambiarse de camisa hasta que se escuchara por la radio la voz de los cosmonautas dando cuenta de haber puesto pie en la nave espacial.

-En cuanto a ustedes -dijo Reissmann al pequeño grupo de cosmonautas que permanecía a su lado- deben procurar descansar. Su trabajo no comenzará hasta que nosotros hayamos terminado el nuestro, pero para ese momento deben estar en perfectas condiciones físicas. No olviden que la mejor máquina no es más resistente que el hombre destinado a tripularla.

Presos de gran excitación, los cosmonautas abandonaron el hangar seguidos del coronel Grillparzer y el doctor Heinz. Grillparzer era el responsable directo de la comodidad del equipo, así como el doctor Heinz lo era de la salud física de los futuros pilotos del espacio.

En el mismo camión que les había traído antes, el equipo regresó con sus preceptores al sólido pabellón de acero y cemento donde tenían sus habitaciones.

-Y ahora a dormir -dijo el doctor Heinz con severidad.

¡Dormir! Como si fuera posible a nadie pegar ojo bajo la descarga electrizante de las palabras del general Reissmann.

La pregunta que cada uno de los componentes del equipo se hizo en el silencio y la quietud de su confortable habitación fue la misma.

«¿Seré yo uno de los elegidos para esta aventura?»

La inquietud mantuvo despierto a Rolf Bircher hasta las ocho. Con todo, no hubiera resultado ser el hombre adecuado para la gran aventura que se preparaba, si dominando su nerviosismo e impaciencia no hubiese sido capaz de dormirse pese a todo.

Durmió cinco horas de un tirón hasta que despertó a la una de la tarde.

Sus compañeros almorzaban en el comedor, incluso Max Deaves que acababa de regresar de Francfort llamado por un telegrama urgente del coronel Grillparzer. Max había traído consigo varios periódicos cuyos reportajes estaban siendo comentados ampliamente.

Rolf tomó uno de los periódicos al azar. «INTRUSOS SIDERALES», rezaba en enormes caracteres de imprenta el encabezamiento a toda plana.

El periódico no hablaba de otra cosa que de la «nave del espacio» anclada en una órbita de satélite alrededor de la Tierra, y verdaderamente, cualquier otro tema que insertara el periódico habría sido pasado por alto en la natural ansiedad del público por conocer los hechos en sus mínimos detalles.

Un redactor bien documentado hacía las más aventuradas y audaces cábalas sobre la posible procedencia de la «nave», sobre sus posibles tripulantes, sobre sus razonables intenciones respecto a la Tierra que «yacía inerme a sus pies».

En todo el mundo, la psicosis de los «intrusos siderales» atacaba a la gente. Atizado el fuego por los periódicos y las noticias de la radio, unos y otros en un afán de sensacionalismo, se producían en diversas partes escenas de terror colectivo.

En Estados Unidos, por ejemplo, varias ciudades habían sido evacuadas en tropel por sus asustados habitantes, que fueron a refugiarse en las montañas. Un enorme número de enfermos cardíacos fallecía ante el anuncio de una posible invasión de los «marcianos». Las conversiones alcanzaban cifras jamás soñadas por los más optimistas catequistas...

-¿Es posible que al abordar esa «nave del espacio» nos encontremos con seres en forma de pulpo que nos atacan con fusiles desintegradores y todas esas armas diabólicas que vimos en las revistas infantiles de aventura-ficción? -preguntó Helda Dermenghem visiblemente alarmada.

El resto del grupo se echó a reír con risa un tanto forzada.

-¿Por qué os reís? -protestó Helda-. ¿He dicho acaso alguna tontería?

Los futuros cosmonautas se miraron unos a otros con repentina gravedad.

-No, Helda, no has dicho ninguna tontería -dijo Rolf acudiendo en auxilio de la apurada muchacha-. Verdaderamente, si existe una raza de

seres inteligentes capaces de construir una astronave de tres kilómetros de diámetro y hacerla volar, esos seres deberían poseer también medios destructores de una naturaleza tal que ni siquiera podemos imaginar.

El doctor Heinz intervino para decir con acritud:

-¿Por qué al hablar de la existencia de posibles seres extraterrestres hemos de volver siempre sobre su fantástica capacidad para destruir y quitar la vida con medios científicos que están fuera del alcance de nuestra humana comprensión? Suponiendo que hubiera tripulantes a bordo de la astronave que nos proponemos visitar, ¿por qué han de querer darnos muerte? ¿No podrían, por el contrario, ser portadores de grandes adelantos como una panacea contra el cáncer, o un medio de curar a las víctimas de la radiación, o un proceso para fabricar alimentos partiendo del mecanismo de las plantas que nosotros conocemos por fotosíntesis?

-Ojalá fuera como usted dice -contestó Rolf-. De todos modos, nosotros tendremos que dar una respuesta pronta a todas esas preguntas, o el mundo va a perecer víctima de un ataque de histerismo colectivo. Buenos o malos, reales o inexistentes, si hay tripulantes a bordo de esa «nave del espacio» pronto lo vamos a ver -dijo el doctor poniéndose en pie y empezando a recoger los periódicos desparramados sobre la mesa.

-Pues por lo que pueda pasar, queda prohibido desde este mismo instante leer los periódicos, escuchar la radio ni hacer comentarios sobre lo que cada uno espera encontrar dentro de esa «nave». Seré inflexible en este punto, no permitiendo que tome parte en esta misión ningún hombre o mujer sometido a tensión por un exceso de nervios, de preocupación o de temor.

-¿Pero quién dijo que tuviéramos miedo? -protestó Rolf acalorado.

Los ojos de Rolf miraron en torno a sus compañeros, encontrándose con la mirada de la señorita Blomberg que estaba insistentemente clavada en él.

Rolf se sonrojó. No estaba realmente asustado ni se sentía torturado por un exceso de preocupación. Sin embargo, las grandes pupilas castañas de la señorita Blomberg le observaban con ironía, como queriendo decir: «Vamos, ¿de veras no estás asustado?»

Y de nuevo Rolf se sintió preocupado por lo que la chica pudiera pensar de él.

Había algo indefinible, como un secreto antagonismo, que se levantaba como un muro entre los dos. Los dos se observaban con recelo, sin que existiera motivo aparente para ello. En el fondo, Rolf tenía a Geraldine Blomberg por una presuntuosa marisabidilla.

Al contrario del resto del grupo, que procedía del campo de la ingeniería o la aviación, Geraldine Blomberg era una científica pura. Su fuerte eran las Matemáticas y la Astrofísica. Hacía sólo un par de meses

que llegó al campo de experimentación de Vilhemsafen, siendo la más nueva del grupo que llevaba meses entrenándose, y era físicamente apta para tripular un cohete cuyo destino fuera la Luna.

Quizás la rapidez y facilidad de la muchacha para aprender lo que todos estaban estudiando durante largos meses, fuera lo que más fastidió a los futuros cosmonautas. Geraldine Blomberg había venido ha sustituir a otra mujer que se retiró de entre los posibles candidatos a la fama para acudir a la llamada irresistible del matrimonio. Fuerte en Física y en Matemáticas, con una memoria prodigiosa, asimiló inmediatamente las enseñanzas de sus instructores, situándose en un par de meses a la altura de sus colegas.

Entre sus compañeros, estas aptitudes de Geraldine pudieron quizás despertar su admiración y su respeto, pero ninguna simpatía. La culpa fue de ella, pues está entre las obligaciones de las personas superdotadas el saberse hacer perdonar su aplastante superioridad sobre otros en cualquier aspecto de la vida.

Esto era más de lamentar cuanto que, físicamente, Geraldine Blomberg no era cualquier adefesio.

De estatura más bien alta para tratarse de una mujer, delgada y bien proporcionada, con esbeltas piernas al gusto de Rolf, habría podido llegar a constituirse en el objeto de los idílicos sueños de éste sin aquella envoltura helada que hacía morir a flor de labios cualquier cumplido que se le prodigara.

Ella era guapa y en un principio gustó a Rolf. Ahora Rolf ya ni sabía si le gustaba. Sabía únicamente que ella le detestaba, y como cualquier persona o animal, se protegía instintivamente de su presentido enemigo.

El coronel Grillparzer asomó a la puerta del comedor y dijo:

-Vengan todos conmigo si ya han terminado.

Un camión militar esperaba arriba ante el pabellón de acero y cemento con dos soldados y un sargento que portaban todo un arsenal de armas automáticas y granadas de mano.

-Suban al camión -indicó Grillparzer.

-¿Pues, dónde nos llevan? -preguntó Deaves a la vista de aquel despliegue de armamentos.

-A hacer prácticas de tiro al blanco.

-¿Quiere decir que ésa es una nueva asignatura que debemos aprender? -inquirió Helda Dermenghem con fastidio.

-Sí. Mientras la meta de su viaje fue la Luna, el hecho de no saber manejar una ametralladora carecía de importancia. Nadie espera que encontremos en la Luna gente malhumorada que les reciba a tiros. Pero tratándose de abordar esa «nave del espacio», la cosa es distinta. Nadie sabe lo que puede pasar.

Rolf sintió en su interior que se alegraba. Hasta este momento, la

designación final de los hombres que tripularían el «Abenteurer» seguía siendo una incógnita.

A igualdad de aptitudes, aquéllos que en el último instante se encontraran en mejores condiciones físicas tendrían opción preferente. Quizás tuviera que decidirse la elección por sorteo, o tal vez en última instancia influyese la apreciación personal de los tres hombres que habrían de designar a los hombres; Grillparzer, el doctor Heinz y el general Reissmann.

Pero he aquí que un nuevo factor intervenía en la evaluación final de las aptitudes de cada uno para aquel viaje al espacio. Rolf era un formidable tirador de pistola; campeón de las Fuerzas Aéreas mientras fue piloto de caza. No lo hacía mal con el fusil y había tirado algunas veces con subametralladora.

Si para la elección final de los pilotos había de tenerse en cuenta la habilidad de cada uno con las armas, Rolf estaba seguro de contarse entre los escogidos. ¿Qué tal lo haría la señorita Blomberg?

En el resto del equipo, la necesidad de llenar este nuevo requisito para aspirar a la elección cayó como una bomba. Pocos de ellos habían practicado el tiro al blanco, como no fuera en un barracón de feria. Y algunos de ellos ni siquiera habían tenido jamás una pistola en la mano, cual era el caso de Reichardt y Deugel, ambos ingenieros especializados en electrónica.

Todos los ojos se volvieron hacia Bircher; unos con envidia, los más con rencor, que oculto tras largos meses salía de pronto a la superficie.

Grillparzer los metió a todos en el camión y se los llevó al extremo más alejado del campo de pruebas. Allí se reunieron con Schreiner, quien con ayuda de otros soldados estaba alistando los blancos.

-Creo haber leído en su historial que llegó usted a campeón de tiro de pistola en las Fuerzas Aéreas -dijo Grillparzer acercándose a Rolf con una pavonada «Germán Luger» en la mano-. ¿Quiere hacernos una demostración de sus habilidades?

-Con mucho gusto -dijo Rolf tomando la pistola.

Como tirador experimentado, Rolf comprobó antes que la pistola estaba verdaderamente cargada. Introdujo un cartucho en la recámara, extendió el brazo y disparó serenamente clavando seis balazos en el centro de la diana.

-Magnífico, Bircher -dijo Schreiner al regresar del blanco-. No me gustaría encontrarme delante de usted en un duelo a pistola. Veamos cómo lo hacen los demás.

Schreiner entregó la pistola a la señorita Blomberg.

-¿Sabe usted manejar una pistola?

-No -repuso la chica-. Pero aprenderé si alguien me enseña a manejar esto.

-Tenemos aquí un excelente maestro en el comandante Bircher. Él le explicará mucho mejor que yo lo que debe hacer para acertar en la diana.

Rolf incurrió entonces sin darse cuenta en el mismo pecado que tantas veces había criticado a la señorita Blomberg. Con aires de suficiencia, hizo a la muchacha una prolija descripción del mecanismo de la pistola.

-¿Necesito saber también la composición química de la pólvora para aprender a disparar este chisme? -preguntó Geraldine Blomberg con sarcasmo.

-Si no quiere familiarizarse con el arma que va a utilizar, allá usted. Apunte y dispare, no necesita saber más -repuso Rolf muy molesto.

Y se apartó de ella.

La mitad de los disparos de la muchacha no dieron siquiera en el cartón del blanco.

-Lo siento -dijo la señorita Blomberg al devolver la pistola al coronel Grillparzer-. Espero hacerlo mucho mejor mañana.

-Lo malo del caso es que no disponemos de mucho tiempo para enseñarle a usted -dijo Grillparzer.

La muchacha frunció fuertemente los labios y se alejó.

Helda Dermenghem resultó otra calamidad con la pistola. Poco después iba sollozando a reunirse con Geraldine Blomberg.

Del resto del grupo, únicamente Kurt Gerlach se descubrió como un tirador aceptable. Kurt, al igual que Bircher, procedía de las Fuerzas Aéreas y poseía extensas nociones de tiro.

Al finalizar la primera ronda, fue Herman quien se acercó a Grillparzer y dijo con violencia:

-Si con este concurso se define la identidad de los hombres que han de tripular el «Abenteurer», sólo me cabe decir que no estoy conforme con esta arbitraria manera de seleccionarnos. Rolf Bircher será un excelente tirador de pistola, pero todo el mundo sabe que encuentra dificultades para hacer que le «entren» las matemáticas.

-Esto que usted llama concurso no decide nada, señor Reichardt, entérese bien -contestó el coronel acremente-. Pero si el ser un mal tirador de pistola no le excluye a usted de la lista de los posibles pilotos, tal vez baste para borrarle de ella la falta de compañerismo que demuestra al tratar de desvirtuar los méritos del comandante Bircher. Ésta es una empresa de equipo. Los hombres que finalmente suban juntos al «Abenteurer» correrán tal vez peligros para los cuales no alcanzamos a prepararles aquí. En estas condiciones no es siquiera concebible que dos personas que no se estiman ni respetan vayan juntas a una empresa en la que cada uno habrá tal vez de confiar en el otro para salvar la vida de los dos. Lo que usted acaba de decir es lamentable, Reichardt. Lamentable y bochornoso. Retírese.

Cuando Herman daba media vuelta brusca para alejarse, Rolf todavía

alcanzó a ver en los ojos del ingeniero el temblor de una lágrima incontenible.

Rolf, que a despecho de toda legítima competencia apreciaba sinceramente a todos sus compañeros, quedó tal vez más consternado que el propio causante del incidente.

-Y ahora vamos a continuar con los ejercicios de tiro al blanco -dijo Grillparzer secamente a los demás.

Del extremo donde había ido a refugiarse con su despecho, la señorita Blomberg regresó con aire resuelto para tomar de nuevo la pistola,

-Bircher, por favor -dijo volviéndose hacia el sorprendido Rolf que estaba detrás-. Venga a explicarme otra vez cómo se maneja esto.

Rolf Bircher parpadeó asombrado. Ella le sonrió y Rolf sintió que en este mismo instante cambiaba la opinión que había llegado a formar de la muchacha.

Otra cosa que Rolf descubrió, fue que había estado esperando mucho tiempo que ella se humanizase. Saber que Geraldine Blomberg era capaz de pasar sobre su propio orgullo y humillarse a pedir perdón, fue algo que gustó a Rolf sobremanera.

Rolf no era rencoroso, como demostró volviendo a hacer una minuciosa y casi científica explicación de cómo debía empuñarse una pistola, colocar los pies, extender el brazo, apuntar y contener la respiración mientras se disparaba.

Esta vez, Geraldine Blomberg logró meter dos balazos casi en el centro de la diana.

La puntería de los demás también mejoró sensiblemente después de haber atendido las explicaciones de Bircher. Casi todos dispararon mejor con el fusil.

Los ejercicios se suspendieron al ponerse el sol, hora en que los futuros cosmonautas volvieron al camión para cruzar toda la Base hasta el lugar donde el «Abenteurer» acababa de ser colocado sobre el cuerpo del gigantesco cohete que había de elevarlo al espacio.

CAPÍTULO III

El despertar de los futuros cosmonautas en la mañana del 7 de junio estuvo lleno de inquietudes, pues se temía recibir de un momento a otro una comunicación en el sentido de que los rusos o los americanos habían disparado ya un cohete tripulado, cuya finalidad fuera abordar a la «nave del espacio».

Los cosmonautas, salvo pocas excepciones, habían dormido mal y se encontraban bajo los efectos de una tensión nerviosa muy aguda. El doctor Heinz, previa consulta con el general Bernhard Reissmann, decidió mantener apartados a los pilotos de la zona donde se movían los técnicos alrededor de la erecta mole del «Abenteurer I».

La actividad y el nerviosismo de técnicos y especialistas era demasiado contagiosa.

Los cosmonautas permanecieron toda la mañana encerrados en su pabellón de acero y cemento semienterrado en el suelo de la Base, entretenidos en repasar de memoria las maniobras previas al despegue, las de corrección de vuelo y las de arribada a la «nave del espacio».

Por la tarde, a la hora del almuerzo, todavía se seguía sin noticias de lo que estaban haciendo o se proponían hacer rusos y americanos.

Se tenía la impresión de que las horas que faltaban de la tarde y la noche hasta las tres de la madrugada, hora prevista para el disparo del «Abenteurer», serían decisivas.

En efecto, no sólo podía ocurrir que los americanos o los rusos, o ambos a la vez, lanzasen sus tripulaciones al espacio durante las horas de la tarde, chasqueando los formidables esfuerzos de los técnicos alemanes por ser los primeros en disparar su cohete.

Podía ocurrir y era muy de temer, que cualquier pequeño contratiempo o fallo en la complicada maquinaria del «Abenteurer» obligara a retrasar o suspender el lanzamiento por unas horas e incluso por varios días.

Para colmo de males, el tiempo, que había sido bueno la víspera, tendía a volverse malo. Los partes meteorológicos anunciaban la penetración de un frente de viento frío que provocaría lluvias intensas en todo el norte de Europa y en especial en Alemania.

A las cuatro de la tarde, mientras los cosmonautas se encontraban en el campo de tiro aprendiendo a lanzar granadas de mano, el cielo se cubrió totalmente de densas nubes y empezó a llover.

Grillparzer ordenó la inmediata retirada de los cosmonautas del campo de tiro, quienes así y todo llegaron calados a su alojamiento.

A las cinco de la tarde el equipo estaba de nuevo reunido tomando el té en la sala de esparcimiento. Max Deaves estornudaba y maldecía furiosamente tras cada nuevo estornudo. Todos sabían, y el mismo Max lo

sabía también, que su ligero resfriado era suficiente para descartarle entre los posibles pilotos de la nave.

Serio y grave, el doctor Heinz administró a Max una aspirina y lo mandó a acostarse.

-Dígalo de una vez, doctor -rugió Max rechinando los dientes furiosamente-. Este estúpido resfriado me deja fuera de la lista, ¿no es cierto?

-No se torture usted inútilmente, Max -repuso el doctor-. De todos modos ya estaba descartada su candidatura a ocupar un puesto en la cabina del «Abenteurer».

-¿Así pues, ya están designados los que finalmente irán?

-Sí.

Todos los ojos se volvieron expectantes hacia el doctor, pero éste no parecía muy deseoso de hablar.

Fue Reichardt quien finalmente dijo exasperado:

-Pues si lo saben, ¿por qué no nos dan los nombres y todos quedaremos más tranquilos?

-No es a mí a quien corresponde dar esos nombres. Esperen a que venga el general. Pronto lo sabrán.

El doctor se levantó y salió de la sala. Los cosmonautas se miraron unos a otros como rivales. La anterior cordialidad de sus relaciones se había evaporado en la ansiedad angustiosa de estas últimas horas. Se sabía de antemano que únicamente dos de los siete aspirantes a esos puestos serían designados en el último momento.

Y era muy fácil decir que todos estaban preparados para el desengaño final, pero nadie que lo afirmara sería sincero, pues todos estaban allí y habían trabajado con ahínco esperando ser los elegidos.

Después de unos minutos de embarazoso silencio se escucharon pasos y voces.

El general Reissmann entró seguido del doctor Heinz y del coronel Grillparzer. Mientras Reissmann hacía un ademán ordenando a los cosmonautas que se sentaran, entraron Schreiner y un taquígrafo.

El taquígrafo tomó asiento junto al general, dispuesto a tomar nota de cuanto se hablara, y Reissmann anunció:

-Faltan nueve horas para el despegue de nuestro cohete y es llegado el momento de que sepan ustedes quiénes van a tripularlo. El doctor Heinz, el coronel Grillparzer y yo hemos discutido largamente sobre si sería más apropiado hacer la designación unas horas antes de la salida o deberíamos aguardar hasta el último momento. Finalmente decidimos que la ansiedad resultante de esa incertidumbre no favorecería a nadie, y que los escogidos se sentirían más tranquilos si supieran con suficiente anticipación que la responsabilidad de este viaje recaía sobre ellos. En consecuencia, he aquí la

lista de los tripulantes.

Reissmann hizo una pausa mirando uno por uno los rostros tensos de los futuros astronautas. Luego se volvió señalando con el dedo a la señorita Blomberg.

-Usted, señorita Blomberg.

Esta designación a favor de Geraldine no sorprendió a nadie. La muchacha poseía indiscutibles méritos propios... a los que en todo caso podía añadirse la bien conocida influencia de su padre como miembro de la Comisión para la Investigación del Espacio Exterior.

Ahora, el corazón de todos los pilotos latió más apresuradamente esperando que el inmediato designado sería un hombre.

-Usted, señor Gerlach.

El corazón se le paró bruscamente a Rolf en el pecho. ¿Qué significaba esto? ¡Si estaba tan seguro de ser elegido para pilotar el «Abenteurer!

-Y usted, Bircher.

El dedo de Reissmann le señalaba a él. ¿Entonces?

-¿Es que vamos a ir tres tripulantes, mi general? ¿O quedo nombrado a título de suplente para caso de una indisposición de Deugel o la señorita Blomberg? -preguntó Bircher con enronquecida voz.

-Dada la naturaleza de esta expedición, hemos creído conveniente suprimir al astrónomo de la cabina del navegante para que en su lugar quepa un tripulante más, en este caso la señorita Blomberg. También hemos suprimido el equipo de investigación que deberían haber llevado a la Luna, innecesario en este caso. El peso de todo el equipo eliminado es reemplazado por el de las armas y municiones que ustedes llevarán. La diferencia de peso es aún así un poco mayor que la normal, pero en cambio dispondrán ustedes de una mayor reserva de combustible en los depósitos para el momento que tengan que volver a la atmósfera terrestre, debido en primer lugar a que el abordaje de la «nave» debe resultar más sencillo que un alunizaje en la Luna, y en segundo lugar, a que el despegue desde esa «nave» requerirá un impulso sensiblemente menor.

-Comprendido.

-Y ahora -dijo Reissmann volviéndose hacia el grupo- sólo me resta desear buena suerte a los escogidos, mientras que al resto les expreso nuestro más profundo agradecimiento por el interés y la laboriosidad que desplegaron a lo largo de estos meses. Su trabajo, con todo, no ha terminado. Apenas el «Abenteurer I» esté en el aire, otro cono de proyectil para el «Abenteurer II» será colocado en su lugar. Si el resultado de la misión que hemos confiado a sus compañeros rinde el resultado esperado, otras tripulaciones serán enviadas en breve a bordo de esa «nave del espacio». Nuestra tarea no ha hecho sino empezar.

Reissmann se dirigió ahora a la tripulación del «Abenteurer I».

-En cuanto a ustedes, deben procurar dormir ahora para estar descansados y ágiles a la madrugada. Despegarán a las dos y treinta minutos de la madrugada, pero antes de esa hora todavía tendrán muchas cosas que hacer. Eso es todo.

Minutos más tarde, al tenderse cuan largo era en su litera, Rolf Bircher dejó escapar un suspiro de satisfacción. Era curioso que ahora que sabía de fijo que la designación de sus jefes recaía sobre él, se sintiera sensiblemente más aliviado que en las horas de incertidumbre anteriores.

«Yo volaré», se dijo.

Relajó los músculos, cerró los ojos y se repitió varias veces estas palabras hasta quedar dormido.

Las 00,15 a.m.

Al saltar Rolf con sus compañeros del camión ante el hangar número 9 seguía lloviendo torrencialmente. A un kilómetro de distancia de los hangares, la gran mole blanca del cohete portador del «Abenteurer I» se advertía borrosamente entre la cortina de la lluvia, bajo el haz de los reflectores.

Había poca gente dentro del hangar número 9; algunos corresponsales de Prensa seleccionados y las personas que Rolf estaba acostumbrado a ver a su alrededor. Los periodistas dispararon los «flash» de sus cámaras contra los tres astronautas, pero no hicieron ninguna pregunta ni importunaron en ningún momento con su presencia.

Todos los compañeros de equipo estaban allí, excepto Deaves. Al entrar Rolf, éste vio a Herman Reichardt que salía a su encuentro.

-Rolf, te pido perdón por las tonterías que dije ayer en el campo de tiro -dijo Herman avergonzado-. Con buena cabeza para las matemáticas o sin ella, nadie duda que seas el mejor piloto de entre todos nosotros. La elección fue justa y acertada. Te doy mi más cordial enhorabuena y te deseo mucha suerte.

La mano de Herman se tendía amistosamente. Rolf le echó los brazos al cuello y lo abrazó palmeándole afectuosamente la espalda.

-Gracias, Herman.

Luego los tres cosmonautas entraron en los vestuarios. Helda se fue con Geraldine Blomberg para ayudarla a ponerse su ajustado traje de «presión parcial», mientras los muchachos iban con Rolf y Kurt para ayudarles en la misma tarea.

Todavía en los vestuarios sometió el doctor Heinz a una revisión a los cosmonautas. A la una, con unos minutos de retraso, los tres pilotos y sus compañeros tomaron de nuevo el camión entoldado que los condujo bajo la lluvia hasta el pie del cohete.

Más periodistas. De nuevo el deslumbrador centelleo de las cámaras fotográficas. El general Reissmann ya se había despedido de los

cosmonautas anteriormente al darles sus últimas instrucciones. El coronel Grillparzer vino bajo la lluvia envuelto en un impermeable.

Estrechó la mano de cada uno de los cosmonautas.

-Buena suerte.

Siempre con prisas, Rolf estrechó las manos de Schreiner y sus compañeros. Helda le besó en ambas mejillas. Envueltos en relucientes impermeables blancos, los hombres del equipo de aprovisionamiento de combustible esperaban junto a sus mangueras. No había tiempo que perder.

Completamente solos ahora, los tres cosmonautas entraron en la plataforma del montacargas. Al elevarse del suelo, las figuras que quedaban abajo iban haciéndose más y más borrosas, hasta que el suelo, los hombres y la base de la torre se perdieron tras la cortina de la lluvia, y los astronautas parecieron flotar por así decirlo en el vacío, en un lugar intermedio que no era todavía el cielo, pero ya se había despegado de la tierra.

El alado «Abenteurer», incrustado en el cono del gigantesco cohete, se encontraba a la altura de la última plataforma de la torre con su proa apuntando al cielo invisible. Geraldine Blomberg fue la primera en introducirse en el aparato por la angosta escotilla de la esclusa de aire.

Al tenderle su casco, los operarios que se encontraban sobre la plataforma alargaron sus manos para tocarle la punta de los dedos. Kurt y Rolf entraron a continuación.

En la angosta cabina del «Abenteurer», Kurt y Rolf hubieron de hacer violentas contorsiones para no estorbarse mientras cada uno iba a ocupar su sillón anatómico con respaldo y asiento de espuma de caucho. En la posición que ahora se encontraba la máquina, los asientos se hallaban casi en la horizontal respecto al suelo. Era difícil llegar hasta ellos y echarse como si se tratara de un incómodo colchón en el que las rodillas se encontraban casi a la altura de la barbilla.

Detrás de Kurt, una angosta escotilla conducía a la cabina del navegante, donde Geraldine Blomberg iba a golpes contra las paredes de su estrecho «camarote» en busca del asiento.

Mientras Kurt Gerlach ponía a funcionar los ventiladores del sistema de acondicionamiento de aire, Rolf alcanzó su sillón y se acomodó en él lo mejor que pudo. Sobre su cabeza, la lluvia repiqueteaba en el duro cristal de la cabina, hecho a prueba de bala. A su alrededor quedaba el caótico amontonamiento de manómetros e indicadores, todos los cuales debían ser repasados antes que el cohete estuviera en condiciones de ser disparado al espacio.

Era la 1,30. Tenían pues una sola hora de tiempo para revisar los instrumentos de a bordo, cargar los depósitos de oxígeno líquido y partir.

Rolf se ciñó los auriculares de la red conectada directamente a los

altavoces.

Brilló en el tablero de instrumentos una señal roja: «X menos 30 minutos». Rolf y su copiloto comenzaron la tediosa tarea de repasar todos los relojes e indicadores de la cabina de doble mando.

«X menos 15 minutos».

El repaso había terminado. Rolf y Kurt se arrancaron sus auriculares. Un hombre asomó la cabeza por la escotilla de la esclusa y recogió los auriculares. Afuera bramaron los altavoces:

«Despejen la plataforma».

-¿Necesitan alguna cosa? -preguntó el hombre.

-Ninguna, muchas gracias.

-Buena suerte.

-Gracias, amigo.

El operario desapareció. Sonó el golpe apagado de la trampilla al ser cerrada. La manivela dio vueltas impulsada desde la esclusa inferior.

Sin prisas, los cosmonautas empezaron a ajustarse sus cascos de titanio y cristal. El sordo golpe de la portezuela exterior resonó en toda la nave al ser cerrada desde fuera. A partir de este momento quedaba la cabina herméticamente cerrada, aislada del mundo exterior excepto por la radio que empezaba a funcionar.

En el tablero que Rolf tenía ante sí, todas las luces rojas iban tornándose verdes una tras otra.

«X menos 10 minutos».

En la casamata de mandos, un técnico pulsó un botón y el «cerebro electrónico» que guiaría al cohete en la primera etapa de su vuelo se puso a funcionar.

Dentro de la cabina del «Abenteurer» se dejó oír el zumbido de los giroscopios. Las luces se atenuaron de golpe, lo cual era señal de que el suministro de corriente exterior acababa de ser cortado, quedando el artefacto en condiciones de funcionar con fuerza propia.

Rolf pulsó un conmutador. La voz de los operadores de la casamata llenó la cabina:

-Atención. Suministro de oxígeno, adelante.

La gigantesca máquina se estremeció con los movimientos de las mangas que a gran presión trasferían el combustible líquido del tipo del queroseno y el oxígeno líquido a gran presión en los tanques del cohete.

Hasta este momento, Rolf no había tenido tiempo de preocuparse. Pero en la breve pausa, mientras más de doscientas toneladas de combustible eran transferidas por las mangas a los tanques del cohete, Rolf se preguntó con secreto temor si todo estaría realmente bien y el disparo no iba a fracasar por alguna causa.

«X menos 5 minutos».

La carga estaba completa. El «Abenteurer», humeando bajo la lluvia como un monstruo prehistórico, aparecía bajo el haz de los reflectores parcialmente cubierto de hielo.

-Tanques llenos. Faltan cinco minutos. Comprueben los indicadores.

-Tanques llenos a tope. Indicadores bien -contestó Rolf alejando bruscamente de sí toda preocupación.

-Asegúrense los cinturones. Conecten las mangas del oxígeno.

Rolf se ciñó los dos cinturones de seguridad; uno sobre las rodillas y otro sobre la cintura. Su casco estaba herméticamente ajustado al traje de presión. Conectó las mangas a la espita del oxígeno y abrió la válvula.

-Piloto a cámara de control. Todo bien.

Kurt anunció a su vez:

-Copiloto a cámara de control. Todo bien.

Luego fue Geraldine Blomberg quien habló por la red:

-Navegante a cámara de control. Todo bien.

-Faltan tres minutos.

Rolf suspiró mientras acomodaba su cuerpo al respaldo conformado según su propia anatomía. En el tablero brilló la señal roja.

«X menos 60 segundos».

Ahora se escuchó la voz del técnico de la cámara de control llevando la cuenta al revés:

«Cincuenta y nueve... cincuenta y ocho... cincuenta y siete...»

La lluvia seguía tamborileando contra el cristal de la cabina por encima de Rolf.

«Condenado tiempo», pensó Rolf. Luego se animó con la idea de que a tres mil metros de altura las estrellas estarían brillando en un cielo absolutamente cubierto de nubes.

«Veintisiete... veintiséis... veinticinco...»

La quietud era absoluta dentro de la cabina. Sólo se escuchaba el zumbido de los giroscopios, el crujir de los ventiladores y el propio sonido de las inhalaciones de Rolf dentro de su casco de titanio.

«Seis... cinco... cuatro... tres... dos... uno... cero»

Un rugido formidable envolvió la máquina, como si todos los demonios del infierno chillaran al mismo tiempo. El cohete vibró todo él como si fuera a saltar en un millón de pedazos. Hubo un ligero movimiento de balanceo, y enseguida se dejó sentir el suave tirón hacia arriba. El cuerpo de Rolf Bircher se hundió en el respaldo de espuma de caucho. Una mano gigantesca e invisible pareció empujar su cabeza hacia atrás contra el apoyo acolchado de la nuca.

«Bueno, esto marcha», se dijo Rolf experimentando a la vez cierta sensación de alivio y temor.

CAPÍTULO IV

A los 22 minutos de haber abandonado la plataforma de despegue, el motor de la 3ª sección se apagó automáticamente y Rolf sintió el crujido de la suspensión elástica de su sillón que se levantaba. Desde la bárbara presión de los 9 ges a que habían estado sometidos mientras eran impulsados sucesivamente por la 1ª, la 2ª y la 3ª sección del cohete, los cosmonautas pasaron bruscamente a la ingravidez absoluta.

En este cambio repentino, Rolf sintió que su cuerpo se separaba de su sillón de configuración anatómica, quedando sujeto al mismo solamente por la tensión de los cinturones. Al mismo tiempo experimentó una extraña sensación como de mareo, y cierto vacío interior como si su estómago y sus intestinos flotaran dentro del gran saco de grasa que los envolvía.

-Señorita Blomberg, ¿se encuentra usted bien? -preguntó Rolf por el sistema telefónico interior.

-Perfectamente, gracias -la voz de la chica sonó tranquila en los auriculares de Rolf-. ¿Cómo están ustedes?

-Yo muy bien, a no ser porque siento apetito -resonó la voz de Kurt Gerlach.

Rolf se despreocupó por el momento de sus compañeros para echar una mirada a través del cristal de la cabina.

El cielo era completamente negro por encima de él, y en medio de esta profundidad infinita brillaban con esplendor todas las estrellas, más grandes y numerosas que las que el humano ojo veía desde el fondo de la envoltura gaseosa en la cual desarrollaba su existencia.

La Luna, en una de sus fases, parecía tan nítidamente cerca que daba la impresión de poder cogerse con la mano. No se veía ni rastro de la fantástica «nave del espacio» en cuya captura volaba el «Abenteurer».

-Geraldine, ¿ve usted la nave del espacio desde su cúpula? -preguntó Rolf.

La muchacha tardó unos instantes en contestar.

-No. Todavía debe estar tras de nosotros a una buena distancia.

En la Tierra, los astrónomos habían calculado con toda exactitud la velocidad y trayectoria de la misteriosa «nave del espacio». Tal como había sido disparado el «Abenteurer», según cálculos cuidadosamente elaborados, éste debería elevarse trazando un arco muy abierto, hasta que al llegar a cierta altura sobre la Tierra su trayectoria se cruzaría con la trayectoria de la «nave del espacio».

Cuando ocurriera esto, si los cálculos habían sido bien hechos, Rolf sólo tendría que empuñar los mandos y gobernar la aeronave por sí mismo hasta colocar al «Abenteurer» en condiciones de «pegarse» al casco metálico de la misteriosa nave.

Una cosa, no obstante, podía ocurrir. Que la «nave», contrariamente a lo que creían algunos periodistas ilusos, fuera capaz de gobernarse por sí misma, y que por un capricho o necesidad imperiosa de sus tripulantes, éstos alterasen su velocidad o su rumbo, en cuyo caso el cohete alemán fallaría su «blanco» por centenares o miles de kilómetros.

Ahora que se encontraban aquí, lejos de la Tierra y superadas todas sus inquietudes respecto al éxito del lanzamiento, Rolf sintió que por primera vez se preocupaba por aquella «nave del espacio».

Otro tanto al parecer sucedía a sus compañeros. A espaldas de Rolf, Kurt Gerlach gruñó a través del teléfono:

-¿Y si los tipos que tripulan esa nave nos ven venir y dan gas para largarse? ¿Hasta dónde debemos perseguirles?

La voz regocijada de la señorita Blomberg contestó a través de los auriculares:

-¡Pero señor Gerlach! ¿De dónde ha sacado usted que esa nave está habitada?

-¿Podría estarlo, no es cierto?

-Bueno, no sé qué decirle. Cualquier opinión que uno formule en este sentido, corre el riesgo de verse en el mayor de los ridículos más tarde.

-No te preocupes, muchacho -habló Rolf-. Si esos «tíos» aceleran y se largan, todo lo más que alcanzaremos a hacer será dar media vuelta y regresar a casa.

Después de esto, Rolf desabrochó los dos cinturones que le sujetaban al asiento. Dándose apenas un pequeño impulso, se vio flotando en el aire hasta que su cabeza dio en el cristal de la cabina.

-Por Dios, Rolf -protestó Kurt-. ¿Te propones salir volando como un murciélago a través de ese cristal?

-Voy a echar una mirada al compartimento de abajo. Ahora recuerdo que no me detuve a inspeccionar las armas que nos dejaron allí.

La trampa para pasar de la cabina a la esclusa de aire estaba en el suelo detrás del asiento de Rolf y para llegar hasta ella el piloto apoyó los pies en el techo de la cabina quedando cabeza abajo. En la falta absoluta de gravedad, ni que decir tiene que Rolf no se cayó hacia abajo ni sintió que la sangre se acumulara en su cabeza.

En aquella posición inverosímil, Rolf hizo girar el manubrio y tiró de la trampa hacia arriba. Cabeza abajo, como un buceador, se deslizó por entre los sillones y entró en la esclusa.

En la esclusa de aire, cuidadosamente plegados y fijos a las paredes por abrazaderas de cuero, Rolf encontró los trajes de presión completa para él y sus dos compañeros, incluidas escafandras, zapatos lastrados con plomo y botellas de oxígeno listas para ser empleadas.

El armamento de la expedición consistía en una ligera

subametralladora, una pistola y un afilado cuchillo por cada miembro de la tripulación. Además había una buena dotación de granadas de mano del tipo de piña y suficiente munición como para tener entretenidos a los cosmonautas disparando durante un par de horas sin descanso.

Rolf volvió a la cabina, donde Kurt estaba contestando a una llamada de radio hecha desde la Base de lanzamiento.

-Todo marcha según lo previsto -informó Kurt-. Sólo nos preocupa saber si la «nave del espacio» sigue en órbita.

La respuesta de tierra fue que, al menos según los últimos informes recibidos, la «nave del espacio» seguía en su órbita de satélite y se cruzaría en la trayectoria del «Abenteurer» en el punto calculado.

-¿Qué sabemos de rusos y los americanos? -preguntó Kurt a continuación-. ¿Se animan a subir, o van a dejarnos que nos las compongamos solos con los intrusos extragalácticos?

-Seguimos sin saber nada -fue la respuesta de tierra-. Avisen en el momento que vean aparecer la «nave del espacio» a sus espaldas.

Rolf cerró la escotilla de la cámara de aire y fue a asomarse al reducido compartimento posterior donde iba embutida la señorita Blomberg.

-¿Qué tal le va?

La muchacha sonrió a través del cristal de su escafandra.

-Si quiere que le diga la verdad, estoy pasando un tremendo apuro. Me pica la nariz.

-Bueno, pues quítese la máscara y rásquese. Pero sólo un poquito. Si un aerolito nos perfora el casco en el momento que usted se encontrara sin la máscara, excuso decirle que moriría por descompresión rápida en menos de un minuto.

-Ya no me pica la nariz -dijo Geraldine. E hizo una mueca que implicaba resignación.

Rolf volvió a su asiento, enchufó de nuevo sus tubos a la espita de oxígeno y pulsó el botón que gobernaba la posición de la nave. El «Abenteurer» giró suavemente sobre sí mismo invirtiendo su posición; esto es, dando proa a la Tierra.

La Tierra entonces se mostró a los admirados ojos de los cosmonautas en forma de un arco luminoso como un puente de luz tendido entre las impenetrables tinieblas de la noche. Por encima de este arco luminoso, todavía lejos en las profundidades del espacio, alcanzaron a ver un pequeño disco rutilante acercándose con rapidez.

-¡La nave del espacio, ahí está! -señaló Kurt excitado por encima del hombro de Rolf.

-Bueno, vamos a comunicarlo a la Base.

El hombre que contestó a la llamada era el general Reissmann en persona.

-¿Cómo va eso, Bircher?

-Perfectamente, mi general. En este momento acabamos de ver la nave del espacio dándonos alcance por detrás.

-Dennos su altura aparente sobre la Tierra. De este modo verificaremos si nuestros cálculos son correctos y si van a encontrarse en el momento y posición previstos.

-Ya me encargo yo de tomar la altura, señor Bircher -dijo la voz de Geraldine Blomberg por los auriculares.

-Por cierto, Bircher -continuó diciendo la voz de Reissmann por la radio-. Hay una noticia de mucho interés. Los americanos se disponen a lanzar en este momento un cohete tripulado para abordar la nave del espacio. A lo que parece, ustedes serán los primeros en llegar a la meta.

-¡Magnífico! Si la nave no tiene dueño, nosotros tomaremos posesión de ella en nombre de Alemania.

La señorita Blomberg pidió permiso para mediar en la conversación. Facilitó los datos solicitados y agregó:

-Dígale a papá que me encuentro perfectamente, general. Gracias.

A través del cristal de la cabina, los ojos de Rolf Bircher miraban codiciosamente la fantástica astronave cuyo camino ellos habían de cortar dentro de breve tiempo.

En la Base de lanzamiento de Vilhemsafen eran las cinco de la mañana y seguía lloviendo. En el espacio, a 36,000 kilómetros de la Tierra y a bordo del «Abenteurer», también tenía lugar un extraño amanecer.

Trazando un arco muy abierto que le alejaba de la Tierra, la nave volaba sobre el Polo Sur y sus tripulantes veían alzarse un gran Sol llameante sobre el curvado horizonte del planeta. Inmediatamente detrás y un poco por encima de ellos, podían ver un brillante globo ceñido por un angosto anillo.

Aquel globo era la «nave del espacio».

-Pronto le tendremos encima -observó Kurt Gerlach con acento impaciente-. Espero que lleguemos en el momento preciso para abordarla.

-Si el error es del orden de unos miles de kilómetros, todavía podremos corregirlo gastando un poco de nuestro combustible volando tras ella, Kurt. Creo que nos estamos preocupando inútilmente.

Después de esto, Rolf apretó de nuevo el botón del mando de posición y el «Abenteurer» volteó con lentitud sobre sí mismo para apuntar con la proa a la posición donde debería encontrarse con la «nave del espacio».

En la espera, mientras la «nave del espacio» se acercaba con rapidez por sus espaldas, los cosmonautas tomaron un ligero refrigerio.

Los alimentos que llevaban a bordo consistían principalmente en preparados líquidos contenidos en envases de plástico que se guardaban en el refrigerador. Oprimiendo el envase elástico de plástico, el alimento

líquido pasaba directamente a la boca de los cosmonautas.

Estos mismos líquidos, si eran derramados, quedaban en suspensión formando gotas que flotaban por toda la cabina. Tales eran los efectos que producía la falta absoluta de fuerza de gravedad.

Al dar fin a su desayuno y ajustarse de nuevo sus escafandras, los cosmonautas se prepararon para la delicada maniobra previa al abordaje de la misteriosa nave que salía a su encuentro.

Aunque sin puntos de referencia próximos parecía que estaban parados, en realidad las dos aeronaves estaban moviéndose a enorme velocidad. Una colisión allí en el espacio habría sido rara, a menos que los matemáticos alemanes, ayudados por sus calculadoras electrónicas, hubiesen afinado tanto como para resolver el problema por metros y centésimas de segundo.

En cambio, un error de escasa importancia podía significar que el «Abenteurer» quedase varios miles de kilómetros detrás de la nave, sin medios para darle alcance, so pena de agotar el combustible que necesitaría más tarde para frenar su veloz caída hacia la Tierra.

La «nave del espacio», creciendo con rapidez de tamaño, era ya un gigantesco globo viniendo en persecución del «Abenteurer» cuando Rolf empuñó los mandos. Rolf, en este caso, optó por prescindir de la calculadora electrónica y fiar exclusivamente en su buen ojo como piloto de reactores.

Primero, Rolf hizo bajar la proa del aparato. Luego oprimió el botón de ignición de las toberas de popa. El motor funcionó, dejándose sentir el brusco empujón que clavó a los cosmonautas a sus asientos acolchados.

-Geraldine, ¿ve a la nave por detrás? -preguntó Rolf a través del sistema telefónico interior.

-Está detrás de nosotros, un poco alto.

-Un poco alto es como quiero que esté. Avise si advierte que baja. ¿A qué distancia poco más o menos?

-No sé, es difícil de apreciar a simple vista. Espere que lo compruebe con el telémetro... sí, eso es. Está a cincuenta kilómetros tras de nosotros.

-Vuelva a comprobarlo.

-Ahora a cuarenta kilómetros por detrás.

-¿Y ahora?

-¡A treinta! ¡Nos está alcanzando muy aprisa!

-No lo crea, sólo lleva diez kilómetros por minuto de velocidad más que nosotros. Voy a tomar otro poco más de impulso.

De nuevo un suave tirón empujó a los tripulantes hacia atrás contra los respaldos de sus asientos. El motor funcionó unos segundos y se paró de nuevo automáticamente.

-¿Distancia? -preguntó Rolf.

-Veinte kilómetros.

Rolf pulsó el botón de su cronógrafo.

-Vuelva a computar esa distancia -ordenó.

-Quince.

Rolf apretó de nuevo el botón de su reloj.

-Esto va mejor. Ahora sólo adelanta cinco kilómetros más por minuto que nosotros.

-Ahí viene. ¡Dios mío, es enorme! -exclamó Geraldine con voz excitada.

Desde su asiento, Rolf no podía ver la «nave del espacio» que venía por detrás, pues el ángulo visual que se alcanzaba a través del cristal era muy reducido por delante y completamente nulo hacia atrás. Sin embargo, Rolf contaba con un medio para poder vigilar la proximidad del gigantesco globo que volaba a su zaga. Éste consistía en una cámara de televisión colocada a popa, la cual tenía por objeto ayudar en el alunizaje de cola en el proyectado viaje a la Luna.

Rolf puso a funcionar la cámara, pero todo lo que alcanzó a ver en la pantalla fue el gran disco iluminado de la Tierra girando allá abajo. Rolf pulsó un botón del sistema de posición del «Abenteurer», y obedeciendo a este mandato, la máquina giró lentamente sobre su eje hasta que los cosmonautas quedaron cabeza abajo con relación a la Tierra.

En la pantalla de televisión apareció entonces la «nave del espacio».

Fue la primera vez que Rolf y Kurt vieron a la fantástica nave a corta distancia, e involuntariamente los dos sintieron un estremecimiento nervioso a lo largo de la columna vertebral.

¿Cómo jamás, hombres configurados a imagen de los de la Tierra, pudieron construir y hacer volar a través del Cosmos una máquina tan gigantesca? ¿A qué fabuloso costo fue construida, equipada, elevada en el espacio fuera de los campos de atracción de su planeta, tomando como medida el diminuto y enormemente costoso «Abenteurer»?

Por espacio de un minuto, los dos hombres permanecieron con la respiración en suspenso viendo al coloso que les daba alcance a pasos agigantados.

-¡Cuidado, Rolf! Estamos demasiado bajos. ¡Nos va a arrollar! -exclamó Kurt excitado.

-Voy a dejarme caer sobre ese anillo que lo circunda -dijo Rolf.

-Creo que corres un riesgo inútil. No importa dónde nos posemos, con tal que lo hagamos en alguna parte.

-Un piloto que se tenga por bueno, debe demostrarlo en todo lugar y ocasión. ¿Por quiénes nos tomarían los tripulantes de esa máquina, si nos vieran efectuar un aterrizaje a tontas y a locas? Ese anillo es mucho más ancho que la cubierta de vuelos de un portaaviones. Tenemos sitio de sobra para aterrizar sobre nuestro tren, como lo haríamos en el viaje de regreso a

la Tierra. ¡Kurt, saca el tren de aterrizaje!

Refunfuñando, Kurt hizo funcionar el sistema hidráulico que desplegaba el tren de aterrizaje triciclo del planeador. Al mismo tiempo, Rolf daba un ligero impulso adicional al «Abenteurer» y manejaba habilidosamente los mandos, situándose por detrás y debajo de él.

Bien, allí estaba la fabulosa «nave del espacio»: tan cerca que Rolf podía distinguir con toda nitidez las líneas de remaches que al parecer habían servido para reforzar la unión de las enormes planchas curvadas que formaban el gigantesco caparazón. Las aberturas circulares en el borde del anillo y sobre éste, eran aproximadamente de unos tres metros de diámetro. Algunos de estos agujeros estaban en efecto cubiertos por un grueso vidrio. Otros carecían de vidrio o lo tenían roto.

La «nave», en su quizás centenario vuelo a través del Cosmos, había sido maltratada repetidamente por los meteoritos que la bombardearon.

Tanto las planchas del anillo o «cubierta», como las que daban forma a la esfera, aparecían agujereadas aquí y allá, como acribilladas a balazos, y en ocasiones bombardeadas con balas de cañón.

Esto fue lo que Rolf Bircher advirtió de un rápido vistazo, pues la maniobra de abordaje requería en estos momentos toda su atención.

Un minuto después, Rolf veía avanzar por su izquierda una mole imponente cuyo borde curvado se levantaba a varios centenares de metros de altura. Por debajo, Rolf veía en la pantalla de televisión avanzar la plataforma del anillo...

De pronto, al encontrarse el «Abenteurer» verticalmente sobre la plataforma, algo inesperado ocurrió. El «Abenteurer», como si de pronto le fallara la invisible fuerza sustentadora que lo mantenía en el espacio, se hundió como una piedra cayendo a creciente velocidad sobre la plataforma.

A través de los auriculares, Rolf escuchó el grito de alarma de Geraldine Blomberg.

Kurt gritó:

-¡Rolf! ¿Qué ocurre?

Los ágiles dedos de Bircher recorrieron la fila de botones del brazo de su sillón. Oprimió uno de los botones y rezó para que el cohete se encendiera.

El cohete se encendió y el «Abenteurer» experimentó una brusca sacudida. De todos modos, aunque el cohete sirvió para impedir que acelerase la velocidad de caída, no bastó para evitar del todo el violento choque del tren de aterrizaje contra las planchas del anillo que se extendía por debajo.

Se escuchó un formidable crujido. El «Abenteurer» botó sobre los amortiguadores de su tren de aterrizaje, se ladeó peligrosamente y volvió a caer con espeluznante estruendo.

CAPÍTULO V

El «Abenteurer» había quedado inmóvil, inclinado a un lado, apoyándose en el extremo de una de sus cortas y retraídas alas.

-¿Ves lo que has conseguido, Rolf? ¡Has hecho pedazos el tren de aterrizaje! -chilló Kurt Gerlach furioso.

-Pudo haber sido peor -gruñó Rolf haciendo saltar los pasadores de sus dos cinturones de seguridad.

-¿Peor que tener que efectuar un aterrizaje sobre la panza del aparato cuando regresemos a la Tierra? -gritó Kurt.

-Mucho peor. Fue una feliz idea la de desplegar nuestro tren de aterrizaje para dejamos caer sobre esta plataforma, pues de lo contrario todo el aparato se habría hecho pedazos. ¿O no te has dado cuenta todavía que «pesamos»?

Kurt guardó estupefacto silencio. Geraldine Blomberg dijo:

-¡Es cierto, volvemos a tener peso!

-Apuesto que este anillo está creando contiguamente un campo magnético de fuerza. Eso fue lo que nos hizo caer como una piedra -dijo Bircher.

Desconectó los tubos de oxígeno y los hilos del teléfono, cerró la espita y se arrancó el casco.

-Utiliza la radio, Kurt -dijo a su copiloto-. Comunica a la Base que hemos abordado la nave sin novedad. La señorita Blomberg y yo vamos a desembarcar. Tú permanecerás a bordo cuidando de la radio. Estaremos en contacto continuamente e irás informando a la Tierra de lo que ocurre.

-Está bien.

Geraldine Blomberg salió haciendo contorsiones de la angosta cabina del navegante.

-Yo saldré primero -dijo Rolf.

La muchacha asintió con la cabeza. Rolf abrió la escotilla del piso y se descolgó hasta la esclusa. Kurt dejó caer nuevamente la trampilla.

La cámara o esclusa de aire era tan pequeña que uno tenía que hacer extrañas contorsiones circenses para meterse dentro de su traje de presión. Este traje, llamado de «presión completa», se ponía directamente encima del traje de «presión parcial» que llevaba el cosmonauta.

El traje de «presión completa» tenía dos capas; una interior de goma a prueba de aire, y otra exterior de un tejido muy resistente parecido al nilón. Interiormente, este traje estaba acondicionado con calor y atmósfera propios.

Después de ajustarse su traje, en una postura forzada e incómoda, Rolf adosó a su espalda el complemento indispensable formado de botellas de oxígeno y helio, telémetro, cámara fotográfica con batería para flash y

aparato de radio. Finalmente se encasquetó la escafandra, conectó los tubos de oxígeno y abrió la válvula para dejar escapar el aire de la esclusa al vacío exterior.

Aunque estaba adiestrado para realizar todos estos prolijos preparativos, invirtió no menos de doce minutos hasta que se ajustó el cinturón con la pistola y las granadas de mano, tomó la subametralladora y el estuche de munición y empujó el manubrio para abrir la escotilla.

Al echar sus piernas fuera del aparato y pisar por primera vez las planchas de la plataforma, Rolf experimentó cierta irreprimible sensación de malestar. Ya estaba a bordo de aquella inquietante «nave del espacio». ¿Y ahora?

Rolf se movió con lentitud dando unos pasos sobre la plataforma. Notó que se sentía muy ligero, lo cual indicaba que la fuerza gravitatoria era allí sensiblemente menor que la que estaba acostumbrado a sentir en la Tierra, aproximadamente igual a la que esperaban encontrar en la Luna.

Miró en torno. Nadie, sólo soledad y silencio. Silencio cósmico, absoluto, denso, de una profundidad inconmensurable, aterrador...

Levantó los ojos. La plataforma o cornisa sobre la cual se encontraba tenía allí 200 metros de anchura desde el borde al pie del férreo muro. Luego, este muro convexo se levantaba a enorme altura, perdiéndose en su esfericidad el punto más alto que Rolf no alcanzaba a ver desde abajo. Tan aplastantes proporciones hicieron sentirse a Bircher tan insignificante como un pigmeo o una mota de polvo.

Arriba, en el firmamento, el globo terráqueo resplandecía iluminado por el sol mostrándole el familiar contorno de sus océanos y continentes. De un punto perdido allá en la inmensidad de Europa, Rolf y sus compañeros habían salido unas horas antes. Habían surcado el aterrador abismo cósmico y estaban aquí. ¿Qué inconcebible sorpresa les aguardaba en el interior de aquella gigantesca esfera hueca?

Una mano se posó en el hombro de Bircher. Él pegó un brinco volviéndose en redondo con la subametralladora amartillada.

Ante él estaba Geraldine Blomberg haciéndole señas.

Rolf había olvidado conectar su aparato de radio individual.

-¿Me escucha ahora, Bircher? -preguntó la voz de la muchacha por los auriculares de Rolf cuando éste hubo conectado la radio.

-Sí. ¿Decía usted algo?

-Decía solamente que no se ve a nadie.

-¿Esperaba usted ver a alguien?

-No sé... Una cosa es evidente, y es que hay funcionando bajo nuestros pies un campo magnético de fuerza. Si ese campo magnético está actuando, debe haber algo en marcha que lo hace funcionar, ¿no es cierto?

En vez de contestar, Rolf examinó la gigantesca cúpula de acero.

-A menos que encontremos alguna puerta de acceso, tendremos que entrar por alguno de esos agujeros -dijo-. Voy por las cuerdas.

Rolf retrocedió hasta el «Abenteurer» para tomar de la esclusa de aire dos grandes rollos de cuerda en cuyo extremo había sendos ganchos de abordaje. También tomó dos grandes linternas eléctricas de pilas de cadmio y níquel.

Al volverse se encontró de nuevo con Geraldine Blomberg, la cual se había acercado temerosa en busca instintiva de su proximidad.

-Vamos -dijo Rolf tendiendo a la muchacha una de las linternas.

Y cargado con los rollos de cuerda echó a andar cruzando la plataforma hacia el muro de acero de la esfera.

Como a unos 30 metros de altura se apreciaba en el casco de la «nave del espacio» un agujero lo suficiente grande para permitir el paso de una persona.

-Entraremos por allí -dijo Rolf señalando el agujero.

Hizo voltear el gancho de abordaje al extremo de la cuerda, tomó impulso y lo lanzó a lo alto. Pero debido a las diferencias de fuerza de gravedad entre la Tierra y la «nave»; el gancho fue más lejos de lo que Rolf había calculado, por lo que tuvo que repetir varias veces el intento hasta que una de las puntas del garfio quedó enganchada al borde del agujero.

Apoyando los pies en una de las hileras de remaches, Rolf empezó a trepar por la cuerda.

Trepó con rapidez, aligerado como se sentía de gran parte de su propio peso y el de su impedimenta por la menor fuerza de gravedad, y a medida que escalaba se sentía dominado por una mayor inquietud y ansiedad.

Sin embargo, al llegar arriba y mirar al interior por el agujero, no vio nada. La más impenetrable oscuridad envolvía la negra cavernosidad a la cual Rolf se asomó.

La voz alterada de Geraldine Blomberg resonó en sus oídos:

-¿Qué es lo que ve?

-Espere, voy a encender la linterna.

Dirigiendo el haz de la linterna hacia abajo, Rolf vio un piso polvoriento apenas a un par de metros por debajo. El círculo luminoso de la linterna se deslizó por el piso hasta tropezar en un mamparo de acero en el que se veía una puerta metálica cerrada.

Tanto a derecha como izquierda, este muro férreo lleno de puertas se prolongaba sin solución de continuidad siguiendo la misma curvatura del casco exterior de la astronave, o sea, que había un ancho corredor entre el casco y lo que parecía una interminable fila de camarotes.

Fue después de descubrir una escalera metálica, al levantar su linterna, cuando Rolf vio una galería corrida a 3 metros de altura sobre el piso, tan ancha como una acera y provista de una barandilla de hierro. Más arriba

aún, Rolf descubrió una segunda galería a unos 7 metros de altura.

Sobre las dos galerías, como sobre el corredor de abajo, se abrían sendas líneas de puertas, todas cerradas. Más arriba estaba el techo sostenido por fuertes vigas de acero.

A lo largo del techo se deslizaba una intrincada red de tuberías y cables de todos tamaños. A intervalos regulares se advertían unos globos de cristal, dispuestos al parecer para el alumbrado del corredor y las galerías superiores.

Geraldine Blomberg asomó por el agujero.

-¿Puedo bajar?

-Sí, el piso está a sólo dos metros debajo de usted.

La muchacha saltó, encendió su linterna y exploró con el haz luminoso a su alrededor.

-¿Qué es esto? -murmuró-. ¡Si parece un presidio!

Rolf echó a andar cruzando el amplio corredor hacia una de las puertas del muro.

La puerta ante la cual Rolf se detuvo tenía una palanca y bandas de algo parecido a caucho a todo su alrededor. Rolf comprendió inmediatamente el significado de todo aquello.

-Puertas estancas tipo submarino -murmuró-. Para aislar cada camarote en caso de accidente como debió ocurrir cuando un aerolito chocó contra la nave y abrió ese agujero por el que hemos entrado.

Rolf entregó su linterna a Geraldine.

-Sostenga, voy a probar a abrir esta puerta.

Asió con ambas manos la palanca y empujó. La palanca cedió con alguna dificultad y Rolf aplicó su hombro a la puerta empujando. Tras varios intentos infructuosos, después de un empujón más vigoroso, la puerta giró pesadamente sobre sus goznes.

Rolf todavía tuvo que forcejear hasta que la agarrotada puerta se abrió lo suficiente para permitir el paso. Rolf entonces cogió su linterna y alumbró dentro.

-Espere -dijo Rolf-. Debe haber algún interruptor por aquí.

En efecto, había un botón cerca del marco de la puerta y Rolf lo apretó.

Un globo eléctrico brilló de repente bañando el aposento de amarilla y clara luz. Rolf entró resueltamente y Geraldine le siguió hasta una especie de salón de unos tres metros por lado.

Los dos terrícolas miraron con curiosidad.

En el centro del salón vieron una mesa redonda cuya superficie era de cristal, con patas metálicas y cortas. En cada rincón había un extraño mueble, consistente en una estera circular armada a un bastidor circular de tubo sostenido por cortas patas metálicas. Había unos cuencos de cristal o algún material plástico sobre la mesa, y a un lado un extraño mueble con

botones e interruptores.

No había más mobiliario en la sala, ni objeto alguno de adorno en las lisas paredes pintadas de gris.

Dos pequeñas puertas de cristal o material plástico opaco se abrían al fondo de esta sala. Rolf cruzó la habitación hasta estas puertas.

Cada puerta conducía a un camarote un tanto extraño, pues éstos eran circulares y tenían en el centro tres literas superpuestas... de esteras redondas como los extraños muebles del salón. Los dos camarotes se comunicaban a través de un retrete situado en el hueco triangular entre éstos y la pared del salón principal.

-Rolf, mire esto. -Era la voz excitada de Geraldine la que sonaba en los auriculares de Bircher.

Rolf corrió la puerta del camarote contiguo, donde Geraldine estaba alumbrando con su linterna. La luz del salón, en el ambiente sin aire, no tenía difusión y sólo alumbraba la pequeña parte de los camarotes que tocaba directamente.

La linterna de Geraldine Blomberg estaba apuntada sobre un objeto que Rolf no había advertido antes en su rápida mirada de inspección al camarote. Era un bulto de forma ovalada, de color pardo oscuro...

-¡Un huevo! -exclamó Rolf-. ¡Un huevo de avestruz!

-Yo no creo que sea un huevo de avestruz -corrigió Geraldine.

-Quise decir que lo parece por el tamaño... y por la forma.

-Bueno, los huevos son huevos en todas partes, ¿no es eso? -dijo la chica entre dientes.

La voz de Kurt Gerlach, quien desde el «Abenteurer» estaba pendiente de lo que hablaban sus compañeros por la radio, sonó en los auriculares de los exploradores.

-¿Qué estáis hablando acerca de un huevo? Rolf, ¿habéis encontrado algo?

-Un huevo, Kurt, nada más que eso. Un huevo gordo... de un color feo y desagradable. Me pregunto qué habrá dentro.

-¿Pues que hay dentro de los huevos, sino clara y yema? -protestó la voz chillona de Gerlach.

Ahora fue Geraldine Blomberg quien habló:

-Si el huevo está empollado, según de la especie que pertenezca, puede haber un embrión de ave, de reptil o de pez.

-Por Dios -protestó Rolf-. ¿No creerá que los tripulantes de esta astronave hayan sido aves, ni reptiles ni peces, verdad?

-El huevo puede pertenecer a los tripulantes de esta nave, pero eso no quiere decir que los seres que la construyeron fueron aves o reptiles. ¿Acaso con los hombres no pudieron venir también algunas especies de aves o reptiles?

-Bueno, eso me tranquiliza. Creí que insinuaba usted... En fin, nos llevaremos ese huevo más tarde por si puede servir a nuestros científicos para sus trabajos de investigación. Vamos, nada nos queda por ver aquí. Sigamos explorando.

Los dos cosmonautas abandonaron el camarote.

-Dejaremos la puerta abierta y la luz encendida para que nos sirva de punto de referencia al regreso -dijo Rolf.

Alumbrándose con las linternas continuaron por el corredor, hasta que al llegar a otro corredor que se abría a su izquierda se detuvieron indecisos.

-Probablemente el corredor exterior da la vuelta a toda la esfera a lo largo del casco -observó Bircher-. Veamos a dónde conduce ese callejón.

El «callejón» condujo a los exploradores a otro corredor idéntico al que acababan de dejar, sólo que aquí las puertas y galerías estaban a ambos lados. El «callejón», después de cortar en ángulo recto este segundo corredor, continuaba adelante. Rolf supuso que si continuaban en línea recta por el callejón acabarían por llegar al centro de la esfera.

-Hay por lo menos kilómetro y medio hasta el corazón de la esfera -observó Geraldine.

-Bueno, tenemos que registrar toda la nave de todas formas, ¿no es eso? -dijo Rolf encogiéndose de hombros.

Ya de común acuerdo siguieron por aquella especie de calle adelante cruzando nuevos corredores desiertos y oscuros como boca de lobo.

Veinte minutos más tarde, al registrar con sus linternas a su alrededor, se dieron cuenta que estaban en una ancha plaza de forma circular. En el centro de esta plaza, un intrincado armazón de columnas de acero y escaleras unía el alto techo con el piso.

-Estamos en el centro de la nave -dijo Rolf-. Esas escaleras deben llevar a otros pisos, tanto superiores como inferiores. Lo que hay entre las escaleras deben ser ascensores.

Se acercaron. Rolf no se había equivocado. No menos de una docena de grandes ascensores pasaban por el centro de la plaza. La luz de la linterna de Bircher alumbró un cuadro de botones inmediato a la puerta de uno de los ascensores.

-¿Es posible que funcione alguno de estos ascensores? -preguntó Rolf. Luego, él mismo, contestó a su pregunta-: Bueno, con probar no se pierde nada.

Pulsó un botón. Allá abajo, en alguna parte del negro pozo del ascensor, brilló el fulgor de un chispazo eléctrico. Los cosmonautas esperaron ver aparecer la jaula de algún ascensor bajando o subiendo, pero nada de esto sucedió.

Rolf murmuró entre dientes:

-No funcionan, y era de esperar. Aunque haya corriente eléctrica, la

baja temperatura habrá congelado la grasa de las guías y los cojinetes de los motores. Creo que tendremos que utilizar la escalera.

-¿Para subir, o para bajar? -preguntó Geraldine Blomberg.

Bircher guardó silencio reflexionando.

-Tanto da subir como bajar -dijo finalmente-. Sólo que si subimos, la bajada será más rápida en el caso que tengamos que salir corriendo.

-Entonces, subamos.

La escalera, girando sobre sí misma, los llevó a una oscura plaza de las mismas dimensiones que la inferior.

-¿Es posible que toda esta esfera esté ocupada por pisos superpuestos de abajo a arriba? -dijo Geraldine Blomberg pensativa-. ¿Para cuánta gente habría cabida aquí, en ese caso?

-Tal vez para tantos millones como habitantes tiene Nueva York o Berlín. Pero, naturalmente, toda la esfera no puede estar ocupada sólo por habitaciones o camarotes. Una máquina interplanetaria de este tamaño debe tener una maquinaria de una complejidad enorme. Imagine solamente los millones de metros cúbicos de agua necesarios para sustentar a una tripulación tan numerosa. Tal vez la parte inferior de la esfera sea toda ella un enorme lago de agua y otros combustibles.

Mientras hablaban subían escalón tras escalón por la interminable escalera metálica.

-Bircher, mire. Se ve luz allá arriba -dijo Geraldine deteniéndose de pronto.

Se encontraban en los últimos escalones para desembocar en otra de aquellas enormes y frías plazas de forma circular rodeadas de camarotes y galerías. La luz señalada por Geraldine Blomberg procedía de arriba y llegaba a través de las planchas perforadas de los escalones, como pasada por un tamiz.

-Subamos -dijo Rolf.

Sin detenerse a descansar tomaron el segundo tramo de escaleras subiendo de dos en dos los escalones.

Antes de llegar al final de la escalera se detuvieron jadeando, parpadeando bajo el raudal de luz que los bañaba de pies a cabeza procedente de potentes focos colocados a enorme altura en el techo.

-¡Bircher! ¿Qué es esto? -murmuró Geraldine Blomberg sorprendida.

Unos escalones más los condujeron a un espacio abierto de solemne grandiosidad. Por encima de sus cabezas, el casco de la astronave se curvaba hasta formar en lo alto una gigantesca cúpula, a más de mil metros de altura. A su alrededor la vista se tendía sin obstáculos hasta las lejanas paredes del casco de acero, a un kilómetro y medio de distancia en torno.

Este espacio, por lo demás, no estaba desierto. Todo el piso estaba cubierto de árboles y arbustos... árboles secos, sin hojas, desnudos,

formando una enmarañada selva de vástagos sarmentosos, como gigantes muertos clamando por un poco de agua con sus múltiples dedos leñosos y retorcidos elevados al cielo.

Atónito estaba mirando Bircher a su alrededor, cuando de pronto sintió la mano de Geraldine Blomberg en su brazo y su voz diciendo por los auriculares:

-¡Rolf, mire allí!

Rolf volvió la cabeza.

Un cráneo monstruoso, negro, charolado, asomaba por encima de la copa de un árbol seco y los contemplaba con un par de ojos vidriosos, fijos, de una mirada dura, colérica, infrahumana...

CAPÍTULO VI

Rolf Bircher empuñó su ametralladora.

-¡No, Bircher, no dispare! -gritó Geraldine Blomberg cogiendo el cañón de la metralleta de su compañero.

Rolf quedó paralizado mirando al monstruo. En este momento, la voz preocupada de Kurt Gerlach sonó en sus auriculares:

-¡Rolf, gracias a Dios que vuelvo a oíros! ¿Dónde estáis? ¿Qué ocurre?

-¡Cállate, Kurt, maldición, no interrumpas en este instante!

El monstruo y los terrícolas se contemplaron un instante sin parpadear... hasta que Geraldine Blomberg soltó una risita nerviosa.

-¡Pero si no tiene vida, Bircher!

Algo de esto mismo estaba pensando Rolf, en vista de la extraña inmovilidad del monstruo. Además, recordó que aunque iluminado con luz artificial, aquel espacio cubierto carecía de aire.

Ningún ser viviente podía sobrevivir a la falta de una atmósfera, fuese ésta de la composición que fuere, ni al frío intenso del cero «absoluto», equivalente a 273 grados bajo cero. Sería absurdo imaginar siquiera que pudiese haber en ninguna parte una raza de hombres o de bestias especialmente configurados para vivir en tan precarias condiciones, y Rolf sabía que esto era imposible.

Un muro de sillares de unos cinco metros de altura formaba una plaza alrededor de las escaleras y los espaciosos montacargas. A lo largo de este muro, por arriba, se advertía lo que en otros tiempos debió ser un seto recortado, ahora amarillento y seco. Varios escalones de piedra llevaban desde la plaza al parque situado a un nivel más alto.

Bajando el cañón de la subametralladora Rolf cruzó la plaza para tomar una de las escaleras.

Al final de las escaleras, los terrícolas se encontraron ante una alameda donde el piso estaba formado de grandes losas de mármol oscuro. Unos bajos setos amarillentos separaban la avenida del parque propiamente dicho.

Hacia dentro de esta alameda, la estatua del monstruo se levantaba sobre un pedestal negro en donde se veían algunos caracteres de escritura realzados en bronce.

-¡Una estatua! -exclamó Geraldine Blomberg-. ¿Representará tal vez alguna divinidad o monstruo fabuloso de la religión de los tripulantes de la nave?

La voz de Kurt Gerlach volvió a sonar en los auriculares de los exploradores:

-¡Rolf! ¿Dónde estáis? Hay algo que debéis saber. Una aeronave se acerca.

-¿Cómo dices, Kurt? -preguntó Rolf.

-Deben ser los rusos. Les intercepté una conversación por radio hace media hora, aunque naturalmente, no pude entender lo que decían, no hablo el ruso. Tomé su conversación en cinta magnetofónica y traté de comunicar con vosotros. ¿Dónde demonios estuvisteis metidos?

-La abundancia de acero a nuestro alrededor fue causa probablemente de una absorción de las ondas que impidió que nos oyéramos mutuamente mientras estábamos explorando los pisos de abajo. -Rolf levantó los ojos observando gran número de agujeros de todos tamaños en la cúpula metálica-. ¿Localizaste a los rusos?

-Les veo en la pantalla de radar. Vienen detrás y nos van dando alcance poco a poco.

-Adviérteles que llegados a cierta distancia serán atraídos por el anillo magnético de esta nave con fuerza suficiente para estrellar su aparato.

-¿Cómo voy a decirles eso, si no hablo su idioma?

-Tal vez alguno de ellos hable el alemán.

-Bueno, probaré.

Un chasquido en los auriculares de Geraldine y Bircher indicó que Gerlach acababa de cortar la comunicación.

Mientras comunicaba con Gerlach, Rolf había seguido andando hasta detenerse ante la estatua. Ésta, modelada o tal vez fundida en algún metal negro muy brillante, se hallaba en actitud erguida sobre sus dos piernas.

Del cuello a los pies, la estatua aparecía cubierta por una coraza o caparazón. Tenía cuatro manos de tres dedos cada una, pero ni las manos ni los pies estaban conformados según los de un ser humano.

Con todo, lo más extraordinario de la estatua, era sin duda su cabeza, una enorme cabeza de hormiga con una potente mandíbula, dos saltones ojos de vidrio, dos orificios en el lugar de los oídos y un par de delgadas antenas sobre un cráneo pelado.

Después de examinar con estupefacción tan horrendo ser, Rolf señaló a Geraldine los extraños caracteres de bronce incrustados en el pedestal.

-¿Qué pretendieron representar los hombres que tallaron esta figura? ¿Se trata de alguna de sus divinidades, o es posible que éste sea el verdadero aspecto de los seres que tripularon esta astronave?

-¡No, por Dios! -exclamó Geraldine Blomberg. Y añadió-: Esperemos que no lo sea.

Rolf abarcó con un ademán el enorme parque a su alrededor.

-¿Ve usted esto? Ya le decía yo que toda la esfera no podía estar formada de pisos superpuestos llenos de habitaciones como una colmena. En estos nueve kilómetros cuadrados de parque estuvo en otro tiempo el pulmón de los tripulantes de la aeronave. Esta vegetación, que aquí prosperaría en un ambiente de invernadero, regeneraba el aire absorbiendo

el anhídrido carbónico y fabricando oxígeno que sería llevado por tuberías a todo el sistema de camarotes de los siete u ocho pisos inferiores. Al mismo tiempo, el parque serviría como lugar de esparcimiento a los cosmonautas, aliviándoles del suplicio de tener que vivir encerrados en sus estrechos camarotes como avispas en un panal. No cabe concepción más simple y a la vez más grandiosa. Si la nave estuviera desocupada y nosotros llegáramos a entrar en posesión de ella, no sería muy costoso cerrar esos agujeros del casco y plantar aquí nuevos árboles y plantas para proveer de oxígeno a una tripulación más numerosa que la de un portaaviones gigante.

Geraldine Blomberg, después de observar pensativamente los indescifrables caracteres de bronce del pedestal, dijo a su vez:

-Ciertamente, la captura de este globo para nuestra patria sería un acontecimiento importante si la nave estuviera realmente deshabitada.

-¿No cree que lo esté?

-Me inquietan esos focos encendidos en lo alto. Pero más que ninguna otra cosa, es muy sospechosa la forma en que esta esfera vino a quedar anclada en una órbita de satélite alrededor de la Tierra. ¿Por qué precisamente alrededor de la Tierra, y no de Marte, o Júpiter u otro cualquier...?

La voz excitada de Gerlach volvió a sonar en los auriculares de los cosmonautas:

-¡Rolf! Ha sucedido lo que temíamos. El cohete ruso acaba de estrellarse contra el casco de esta nave. No pude hacerme escuchar. Su cohete se acercaba muy despacio cuando de pronto fue atraído por el campo magnético de la esfera y arrojado como una piedra contra las planchas. Voy a salir en su busca por si queda algún superviviente.

-Está bien, Kurt. Ve a echarles una mano. Nosotros bajamos enseguida.

Al sonar el «clic» metálico que indicaba que Gerlach acababa de interrumpir la comunicación, Rolf se volvió hacia Geraldine Blomberg.

-Volvamos abajo. Esos muchachos pueden necesitar ayuda -dijo.

-¿Quiere que volvamos tan pronto sin haber tomado una fotografía ni haber recogido una muestra de estas plantas?

-Eso nos iba a retrasar mucho.

-Y de otra forma tendríamos que volver a subir.

-Bueno, sea. No es nada divertido subir de nuevo todos esos tramos de escaleras. Pero démonos prisa.

Geraldine Blomberg tomó su cámara fotográfica, se retiró unos pasos y enfocó cuidadosamente a la estatua antes de disparar su lámpara de destello.

Colgando la metralleta de su hombro por la correa, Rolf requirió a su vez su cámara para tomar una fotografía de la estatua de perfil.

-Cuanto más la miro más fea me parece -rezongó Rolf mientras

accionaba la palanca de carga de su máquina fotográfica.

Cruzaron la plazoleta y se acercaron al seto. Para abrirse paso a través del seto, Rolf empujó con el pie. Los arbustos se desmenuzaron en pequeños fragmentos como si fueran de frágil cristal.

-¿Qué le parece esto? -observó Rolf-. Apuesto a que si damos un empujón a uno de esos árboles lo echamos abajo. La baja temperatura debe haber petrificado toda esta vegetación volviéndola tan quebradiza como la sal.

Rolf pasó el seto acercándose a uno de los árboles, arrimó el hombro y le propinó un recio empujón.

No se escuchó crujido alguno, por la sencilla razón que los sonidos no se propagan en la falta absoluta de atmósfera. Pero el tronco se quebró por su pie y se derrumbó haciéndose pedazos en mitad de una polvareda.

-¿Lo ve usted? Toda la vegetación del parque debió quedar petrificada después de un cambio brusco de temperatura. Eso pudo ocurrir el día que, por accidente, un meteorito chocó contra la nave abriendo un boquete por donde el aire escaparía al exterior.

En medio de la polvareda provocada por el derrumbamiento del árbol, Geraldine Blomberg avanzó para recoger algunas muestras de fragmentos de vegetal. Rolf también empezó a moverse por allí tomando fotografías de las diversas especies de árboles y arbustos que encontraba a su paso, hasta que entre el polvo que cubría el suelo del parque sus pies pisaron algo que se rompió bajo sus plantas.

Rolf empujó con el pie la espesa capa de polvo de hojas descubriendo con sorpresa... ¡una cáscara de huevo!

-Señorita Blomberg, venga aquí.

La muchacha acudió. Rolf se inclinó tomando un pedazo de aquella corteza parda y dura, el cual le mostró.

-Parece un pedazo de cáscara de huevo como el que encontramos abajo en aquel camarote. Probablemente los tripulantes de la nave traerían consigo algunas aves domesticadas de la fauna de su planeta que emplearían como ornato para su parque -observó la muchacha.

Rolf removió el pie entre las hojas que se convertían en polvo al tocarlas, descubriendo un huevo grande de color parduzco muy desagradable.

-Aquí hay otro de esos sucios huevos -dijo Rolf entre dientes. Y le propinó un puntapié-. Ya me están intrigando demasiado. Quiero ver lo que hay dentro.

El huevo tenía la corteza muy dura y resistió sin agrietarse el puntapié de Rolf. Éste, entonces, descolgó su metralleta y la blandió por el cañón como una maza descargando un fuerte golpe.

El huevo se partió en varios pedazos y un pequeño ser horripilante

quedó acurrucado en la misma posición que como embrión había tenido en el interior del huevo. Apenas vio aquello, Geraldine Blomberg dejó escapar un grito retrocediendo instintivamente con repulsión.

¡Aquel pequeño monstruo era una réplica fiel de la aterradora figura representada por la estatua!

-¿Qué significa esto, maldición? -dijo Rolf entre dientes mirando al pequeño monstruo-. ¿Son éstos los animalitos que la gente de esta nave cría para el ornato de sus jardines? ¿O son ellos mismos quienes se reproducen por polladas?

-Vámonos de aquí, Bircher. La vista de ese bicho me da arcadas -dijo Geraldine.

-Sin embargo no podemos marchamos sin tomar una prueba documental de este descubrimiento. Aléjese mientras saco una fotografía de este bicho.

Rolf escuchó a través de la radio el castañeo de los dientes de la muchacha mientras ella se alejaba. De pronto, fue un grito de alarma y espanto lo que resonó en los oídos de Bircher a través de los auriculares.

-¡Rolf! ¡Socorro!

Él se volvió sobresaltado buscándola con los ojos al mismo tiempo que empuñaba la subametralladora, pero todo lo que alcanzó a ver fue una polvareda a unos pasos de distancia.

-¡Geraldine!

Un largo chillido de terror taladró los tímpanos de Rolf, seguido de un ruido sordo y un repentino silencio.

-¡Geraldine!

Nada, sólo silencio. Rolf se acercó con precaución al macizo de petrificados arbustos entre los cuales había desaparecido la muchacha.

Con el corazón martilleándole en el pecho, se detuvo en el mismo borde de un gran embudo de 15 a 20 metros de diámetro, en cuyo fondo se abría un gran agujero redondo y oscuro.

Rolf comprendió. Uno de los meteoritos que en otro tiempo entraron en colisión con la «nave del espacio», después de atravesar el casco de la cúpula, debió caer en el parque, abriendo un agujero en las planchas de acero que había debajo del terreno de cultivo. Este terreno no era de tierra, sino de grava lavada, suelta y sumamente resbaladiza.

Geraldine Blomberg había caído rodando por las paredes del embudo, sin hallar punto donde asirse, hasta desaparecer por el redondo agujero. ¿Dónde fue a parar?

Tal vez al piso inferior. O tal vez a otro lugar más profundo y remoto donde fuera imposible rescatarla.

Lleno de ansiedad y de temor, Rolf tomó el rollo de cuerda y buscó un lugar de apoyo para el garfio. Pero los troncos que vio no le merecieron

confianza, debido a su comprobada naturaleza quebradiza.

Una solución se la dio su metralleta. Quitó a ésta el cargador y la cavó cuan profunda pudo en el piso por el cañón. La metralleta era enteramente de acero, inclusive la culata. Rolf enganchó el garfio a la armazón de la culata y empezó a desarrollar la cuerda retrocediendo hacia el embudo.

Cogido de la cuerda llegó hasta el borde del gran agujero, empuñó la linterna y alumbró.

Veinte metros más abajo, algo desviado a un lado, Rolf vio otro gran agujero en las planchas de un piso. Junto a este agujero, peligrosamente cerca de él, yacía inmóvil Geraldine Blomberg. Alumbrando con la linterna, Rolf comprobó que la muchacha había ido a caer en un enorme aljibe o depósito situado debajo del parque.

La cuerda que estaba empleando Bircher sólo tenía 30 metros de longitud, y 20 metros de ella estaban empleados fuera.

Si los bordes del agujero de la plancha hubiesen sido planos por lo menos, Rolf habría intentado afianzar a este borde el garfio de acero y bajar al aljibe. Pero el meteorito que en su trayectoria horadó sucesivamente el piso del parque y las planchas del aljibe, había doblado el metal hacia abajo.

Rolf pensó que Geraldine Blomberg tenía buenas probabilidades de salir con vida de una caída de 20 metros de altura, en un lugar donde la fuerza de gravedad era muy inferior a la de la Tierra y comparable a la de la Luna. Sin embargo corría prisa sacarla de allí antes que se agotara el oxígeno de sus botellas.

-Geraldine -llamó Bircher de nuevo-. Geraldine, ¿me oye?

La muchacha no contestó.

«No puedo marcharme antes que recobre el sentido», se dijo Rolf apurado. «Si volviera en sí y se viera sola, se creería abandonada y moriría de terror».

En este momento escuchó Rolf en sus auriculares una jadeante respiración seguida de una llamada angustiada:

-¡Bircher! ¿Puedes escucharme?

Era la voz de Kurt Gerlach. Rolf se alegró de oírle, pues pensó que si Gerlach no estaba demasiado ocupado ayudando a los cosmonautas rusos, podría subir con otro rollo de cuerdas y abreviar el tiempo que él tardaría en bajar y volver a subir.

-Hola, Kurt. ¿Dónde estás? Escucha, necesito...

Pero la voz impaciente de Gerlach le interrumpió hablando precipitadamente:

-Rolf, estoy con los astronautas rusos. Su aparato se estrelló contra el casco y luego se precipitó sobre el anillo desde más de veinte metros de altura. La nave quedó destrozada y su piloto resultó muerto... Logré sacar

al navegante rompiendo a hachazos la escotilla y entre los dos sacamos al copiloto desvanecido... ¡Pero esto no tiene importancia, Rolf! Esta esfera tiene tripulantes a bordo, los acabo de ver.

-¡Kurt! ¿Los has visto?

-Los estoy viendo en este instante. Salieron por una puerta al nivel de la plataforma y vienen hacia nosotros... Son ocho. Llevan en la mano unas armas como fusiles... ¡Kurt, dime qué debo hacer! -chilló la voz excitada de Gerlach.

-¿Tienes a mano tu ametralladora?

-Sí.

-No la utilices, Kurt. Trata de calmar tus nervios. Piensa que vinimos a indagar la identidad de los tripulantes de esta nave... y que ellos son mayoría y están también armados.

-¿Y si nos cogen prisioneros, Rolf?

-Bueno, muchacho. Éste es un riesgo que aceptamos el día que nos ofrecimos voluntarios para ser los primeros cosmonautas de Alemania, ¿no es eso? La tripulación de esta nave no os matará, sino que como es lógico, sentirá tanto interés por conocernos como nosotros por conocerles a ellos. De modo que...

-¡Oh, maldición! -se escuchó un grito sofocado de Gerlach.

-¡Kurt! ¿Qué ocurre ahora? -gritó Bircher alarmado.

La voz de Gerlach volvió a escucharse entrecortada.

-Ese maldito ruso... ¡me quitó la ametralladora! ¡Ha disparado! ¡Y han caído dos de los extranjeros! -Una breve pausa-. ¡Dios mío!

-¡Kurt! -rugió Bircher, aferrado a la cuerda, colgando sobre el agujero que se había tragado a Geraldine Blomberg-. ¿Qué pasa ahora?

-¡Los extranjeros han disparado... y han abrasado al ruso en una especie de rayo eléctrico! Ahora vienen hacia mí apuntándome con sus fusiles...

-¡No te muevas, Kurt!

-No... no me muevo -se escuchó la respiración jadeante de Kurt Gerlach-. Me hacen señas para que me levante... ¡Rolf, no son seres humanos!

-Contéstame a esto, Kurt. ¿Son hombres con cuatro brazos? -interrogó Bircher ansiosamente.

-¡Sí! Ahora me rodean... ¡Rolf, no son rostros humanos lo que veo tras el cristal de sus escafandras! ¡Son horribles hormigas!

-¡Hormigas! -murmuró Rolf.

Y un estremecimiento nervioso recorrió su columna vertebral evocando la espantable figura representada por la estatua que en el centro del parque se erguía sobre su pedestal.

CAPÍTULO VII

Un débil gemido llegó hasta los auriculares de Rolf Bircher cuando éste enrollaba la cuerda en el parque.

-Geraldine ¿es usted? -preguntó Rolf lleno de ansiedad.

La voz debilitada de la muchacha murmuró:

-¿Dónde estoy?

-No se mueva, Geraldine. Está usted en el fondo de un aljibe seco bajo el suelo del parque, muy cerca de otro agujero por el que puede caerse si hace un movimiento en dirección a él. Tranquilícese, pronto la voy a sacar de ahí.

-¡Dios mío, me duele terriblemente la espalda!

-Por Dios, señorita Blomberg, guarde silencio ahora. Gerlach cayó prisionero de los tripulantes de esta astronave cuando ayudaba a los rusos a salir de su cohete destrozado. Ahora está trasmitiéndome por radio el camino que sigue con sus aprehensores.

-¡Oh! -La voz de la muchacha expresaba sorpresa y terror, mas no obstante supo mantenerse serena y guardó silencio.

La voz de Kurt Gerlach volvió a sonar en los auriculares de Rolf:

-Estamos llegando al sexto cruce de calles desde que entramos en la nave... Vamos directamente hacia una puerta estanca en el chaflán de la izquierda... nos detenemos.

-Kurt -habló Rolf con rapidez-. Si es como me figuro, esa puerta os llevará a una esclusa de aire por la que llegaréis a alguna parte de la esfera donde habrá aire respirable. Pronto las masas de acero y las puertas estancas harán imposible el que yo pueda escucharte. Dime solamente si esa puerta conduce verdaderamente a una cámara de aire.

-Espera, creo que sí. Uno de estos horribles bichos aprieta un botón del cuadro que hay junto a la puerta... brilla una pequeña luz ambarina sobre el marco... la puerta se abre... nos empujan dentro. ¡Rolf, es una esclusa de aire, estoy seguro! Veo trajes de presión y escafandras en estantes a lo largo de las paredes... seguramente para ser utilizados por estos tipos en sus salidas fuera del espacio donde viven de ordinario... Ya estamos dentro.

Bircher esperó con ansiedad las siguientes palabras de su compañero, pues temía que al cerrarse la compuerta dejaría de escuchar su voz por la radio.

-Ahora cierran la puerta...

Lo que Bircher temía sucedió. El diapasón de la voz de Gerlach se redujo bruscamente hasta convertirse en un débil murmullo ininteligible.

Puesto que de todas formas ya no podía entender lo que decía Gerlach, Rolf decidió no perder más tiempo.

-Geraldine...

-Le escucho, Bircher.

-Voy a volver donde el «Abenteurer» en busca de una cuerda más larga para sacarla de ahí. Permanezca tranquila y no se inquiete. Haré el viaje lo más rápidamente posible. Cuando esté en la plataforma podrá escucharme de nuevo en su aparato de radio.

-¿Y si encontrara que los tripulantes de esta nave han localizado nuestro cohete y lo están guardando en espera de que regresemos a él?

-En ese caso, temo que no tendría más solución que presentarme a ellos y tratar de hacerles comprender de alguna forma que usted estaba prisionera aquí arriba, sin posibilidad de escapar por sus propios medios y en inminente peligro de morir por asfixia si no se le proporciona nueva provisión de oxígeno antes de una hora.

-¡No, Bircher, no haga eso! Ellos probablemente no le entenderían. A mí me dejarían morir de asfixia aquí, y solo Dios sabe lo que serían capaces de hacer con usted.

-Bueno, usted no querrá...

-Sí, Bircher, eso es lo que quiero. Si encuentra que nuestro cohete está vigilado... ¡dispare y mate si es preciso y huya de regreso a la Tierra a toda prisa! -dijo la voz ansiosa de la chica con energía.

-¡Bah, tonterías! -gruñó Bircher malhumorado-. En modo alguno huiré dejándola a usted en situación tan comprometida y a Gerlach en poder de esos horribles hombres-hormiga.

-¿Le confirmó Gerlach que los tripulantes de esta esfera son seres constituidos a semejanza de esa estatua que vimos en el parque?

-Sí.

-¿Lo ve usted? Con más razón debe intentar la fuga al precio que sea. Esos seres difieren tanto de nosotros en naturaleza y mentalidad que probablemente no podrán comprendernos nunca.

-Estoy de acuerdo con usted, excepto en una cosa. No intentaré jamás escapar al precio de dejarle morir a usted en ese maldito agujero. Y ahora, si ya hemos perdido bastante tiempo discutiendo, voy en busca de esa cuerda.

Rolf dejó el rollo de cuerda escondido entre la hojarasca que cubría el suelo, tiró de su metralleta y se aseguró que ninguna piedrecita había quedado dentro del cañón.

Cuando ajustaba el cargador a la escotadura del arma volvió a oír la voz enojada de Geraldine Blomberg en sus oídos:

-Su forma de proceder es insensata, Bircher. Piense que en la Tierra millones de seres esperan con ansiedad tener noticias de nosotros y saber lo que esta nave encierra en sí misma de siniestro y amenazador.

-No se preocupe, perderé unos minutos mandando un mensaje a Alemania con datos suficientes para que en la Tierra sepan a qué atenerse

respecto a la identidad de estos sujetos.

-En ese caso, no olvide especificar que tales sujetos pertenecen, según parece, a la familia de los insectos.

-¡Insectos! -exclamó Rolf parándose bruscamente al llegar a la plazoleta. Levantó sus ojos hasta la negra estatua erguida sobre su pedestal-. ¿Está segura de lo que dice, señorita Blomberg?

-Todo lo segura que puedo estar en estas circunstancias. Si en alguna ocasión se ve precisado a disparar contra uno de esos «sujetos», atienda este consejo. Tírele a la cabeza. Si le acierta en cualquier otra parte del cuerpo no les detendrá.

-Gracias por el consejo -repuso Rolf.

Quedó un momento contemplando la estatua con sombría expresión. Luego murmuró para sí: «Insectos, uf».

Y continuó andando con rapidez en dirección a las escaleras.

* * *

Las luces seguían brillando en los camarotes donde Bircher las había dejado encendidas para que les sirvieran de guías en el regreso. Bajando con rapidez las escaleras y marchando al trote por el corredor que atravesaba la esfera en forma de radio, alcanzó finalmente el pasadizo donde estaba el primer camarote que exploraron.

A unos pasos de distancia estaba el agujero por donde él y Geraldine Blomberg entraron en la nave.

-Hola, señorita Blomberg. ¿Puede escucharme ahora? -preguntó Bircher cuando se acercaba al boquete.

La voz de Geraldine Blomberg llegó hasta los auriculares de Rolf con bastante claridad:

-Sí, Bircher. Ahora le oigo de nuevo.

-Ya estoy abajo. Voy a asomarme por el agujero. El gancho sigue en su sitio por lo que veo.

Levantando las manos, Rolf se asió al grueso borde de la plancha y se izó a pulso hasta que su cabeza asomó al exterior. Lo que vio le hizo dejarse caer nuevamente a toda prisa mascullando una maldición.

-Bircher, ¿qué ocurre? -era la voz alarmada de Geraldine.

-Lo que temía. Hay tres de esos tipos curioseando nuestro cohete ahí afuera.

-¡Dios mío, Rolf, no se arriesgue! ¡No se deje ver! -la voz de la chica sonaba clara ahora, con evidente acento de pánico.

-¡Oh, claro, claro! -rezongó Rolf entre dientes-. ¿Y qué vamos a hacer? ¿Quedarnos esperando aquí hasta que esos tipos se vayan o se acabe el oxígeno de nuestras botellas y muramos dando boqueadas como pez fuera del agua? Eso no es posible, señorita Blomberg. Hay que hacer algo... y

hacerlo pronto.

-Sí, lo comprendo. Sólo que...

-¡Espere! -Rolf hizo un ademán como si realmente pudiera acallar con esta señal a la muchacha. A través del boquete acababa de ver un objeto brillante contra el fondo negro del espacio tachonado de estrellas... un objeto que arrojaba un penacho de llamas y de humo-. ¡Un cohete! ¡Un cohete está maniobrando para posarse sobre la plataforma!

-¡Un cohete! -exclamó Geraldine-. ¿Será la nave de los americanos, tal vez?

-Aguarde un momento, voy a sacar el telémetro.

Rolf echó la mano atrás sacando el aparato óptico que en un viaje a la Luna habría sido de gran utilidad para medir distancias. Enfocó el telémetro.

-¡Sí, son ellos! Veo perfectamente las siglas pintadas en su fuselaje.

Mientras Bircher estaba observando el cohete, por cierto de características muy parecidas al «Abenteurer» alemán, aquél inició un brusco movimiento de descenso saliendo de su campo visual.

Rolf dejó en el piso el telémetro y se izó de nuevo a pulso para sacar la cabeza por el agujero de las planchas del casco.

Estirando el cuello y levantando los ojos, pudo ver el cohete de los americanos desplegando un largo trípode a popa y un espigón central amortiguador del mismo tipo del «Abenteurer». El cohete estaba descendiendo sobre una columna de llamas hacia la plataforma, a unos 200 metros de distancia.

Bircher miró hacia los «insectos». Los tres estaban armados de cortos fusiles. Vestían trajes de presión y respiraban por tubos conectados a sus escafandras y sus botellas de oxígeno.

De pronto, uno de los «insectos» empuñó su fusil y apuntó con él al cohete. Otro de ellos se lo impidió obligándole a bajar el cañón del arma. Los «insectos» parecían estar discutiendo entre sí. Dos de ellos echaron a correr hacia el borde de la plataforma mientras el tercero permanecía vigilante junto al «Abenteurer».

Geraldine Blomberg dejó oír su voz excitada:

-¿Qué hacen ahora esos hombres? ¿Han visto también el cohete?

Rolf volvió a dejarse caer sobre el piso.

-Sí. Uno de ellos iba a disparar contra el cohete, y otro se lo impidió. No creo que sus intenciones sean demasiado buenas. ¡Si pudiera advertir a los americanos! Voy a probar.

Por espacio de cinco minutos, Rolf estuvo lanzando llamadas de radio que no obtuvieron respuesta. Los cosmonautas norteamericanos debían estar demasiado ocupados en la operación de aterrizar y seguramente no atendían a la radio.

Después de insistir otro par de minutos, Rolf desistió para asomarse de nuevo al agujero.

El cohete americano acababa de posarse sobre la plataforma. Junto al «Abenteurer», más bien parapetado tras éste, seguía el «hombre-insecto», fuera de la vista de los cosmonautas americanos. Los otros dos insectos habían desaparecido.

Rolf describió a Geraldine Blomberg la situación y agregó:

-Ahora que ese tipo ha quedado solo, voy a intentar sorprenderle por detrás y llegar hasta nuestro cohete.

-Por Dios, tenga cuidado -dijo la muchacha.

Rolf tomó su metralleta, tiró del cerrojo introduciendo un cartucho en la recámara del arma y se alzó a puños asomando la cabeza por el agujero.

El «hombre-insecto», agazapado detrás del «Abenteurer» como gato al acecho, observaba en dirección al cohete americano. Rolf miró también en aquella dirección. Arriba, cerca de la proa del cohete, una escotilla se estaba abriendo. Un cosmonauta, empuñando su pistola ametralladora, asomó y oteó en dirección al «Abenteurer» desde su alta atalaya.

Ésta era la ocasión.

Bircher se encaramó al borde del agujero, se asió a la cuerda y se deslizó vertiginosamente hasta el suelo.

Cuando tocaba las planchas de la plataforma llegó a sus oídos, a través de la radio, una voz que hablaba inglés con fuerte acento nasal. Rolf, que hablaba bastante bien el inglés de las Islas Británicas, maldijo para sus adentros el ininteligible inglés de los yanquis.

-¡Cuidado, amigos! -gritó Rolf en su propio inglés con fuerte acento alemán-. Hay un tipo escondido detrás de nuestro cohete con un rifle. Traten de distraerle mientras lo sorprendo por detrás, o todos estaremos perdidos. Las armas de esta gentuza poseen un poder destructor inigualable.

-¿Quién habla? -preguntó.

Esto Rolf sí lo entendió muy bien:

-El comandante Bircher, del equipo alemán. Vayan con ojo. Hay otros dos tipos armados escondidos por ahí en algún lugar.

Los oídos de Bircher se llenaron de frases inglesas mientras corría por detrás del «hombre-insecto». Los cosmonautas yanquis hablaban entre sí. Rolf se preguntó cuánto tardaría el «insecto» en volverse y descubrirle.

Por fortuna, los sonidos no podían trasmitirse allí en pleno vacío sideral. Las suelas de plomo de los zapatos de Bircher no producían ningún ruido. Incluso si ahora disparara su metralleta, los tiros no tendrían eco en aquel espacio sin aire.

En su carrera, debido a la débil fuerza de gravedad que operaba sobre su cuerpo, Rolf iba dando zancadas de cinco metros que le acercaban con

rapidez al «hombre-insecto». Cuatro saltos más habrían llevado a Bircher sobre el monstruo cuando, encontrándose a 20 metros de distancia, éste se volvió.

Rolf fue todavía 10 metros más allá patinando sobre las planchas metálicas hasta que se detuvo en seco.

Desde diez pasos de distancia, aquellos dos seres pertenecientes a mundos distintos se contemplaron mutuamente con asombro y terror. A través del cristal de su escafandra, los saltones ojos del «hombre-hormiga» se clavaron en el rostro del terrestre. Éste, a su vez, contempló a su antagonista con curiosidad y repugnancia.

La negra y fea cabeza que había tras el cristal era la misma que Bircher viera arriba en el seco parque de la «nave del espacio», sólo que reducida a dimensiones normales, o sea parecidas al tamaño de la cabeza de un hombre.

De pronto, el «hombre-hormiga» volvió el cañón de su extraño fusil contra Rolf.

Rolf saltó de costado, si bien habiendo olvidado la débil fuerza de gravedad fue llevado más lejos de lo calculado y cayó rodando por las planchas.

Algo como un rayo pasó sobre Rolf y brilló en un relámpago azul eléctrico al pegar en las planchas de la cubierta.

Desde el piso, Bircher tiró del gatillo de su metralleta.

Las balas se precipitaron en forma de chorro por el cañón de la subametralladora terrícola sin producir el menor ruido. El frente de cristal de la escafandra del «hombre-hormiga» saltó en astillas bajo el impacto de los balazos.

Aquella horrenda criatura soltó su fusil para llevarse sus cuatro manos como tentáculos a la cara. Luego rodó por el piso hasta quedar completamente inmóvil.

Rolf se incorporó de un salto mirando en dirección al cohete americano.

El cosmonauta americano seguía arriba en la escotilla del cohete vigilando con su metralleta empuñada. El inglés nasal de los americanos volvió a resonar en los auriculares de Bircher:

-¿Allo, Comandante Bircher? ¿Dónde está usted?

Rolf se dejó ver. Agitó el brazo.

-Estoy aquí. Conseguí tumbar al insecto que estaba escondido detrás de nuestro cohete.

-¿Dice algo sobre un insecto, comandante?

-Creemos que los tripulantes de esta nave son insectos. Pero sería demasiado largo de explicar ahora. Me preocupan esos dos tipos que andan por ahí armados de fusiles eléctricos... ¡Oh, esperen! ¡Creo que ya sé dónde se escondieron!

La voz de Geraldine Blomberg habló ahora por la radio:

-Bircher, ¿se encuentra bien?

-Sí, ¿qué duda cabe? La parte peor fue para ese inmundo insecto. Voy ahora en busca de los otros dos. Apuesto que doblaron el borde de la plataforma y están andando por la cara opuesta de este anillo magnético hacia el cohete americano.

-¡Dios mío, cuánto siento no poder estar ahí para ayudarle! Rolf, obre con cordura ahora y adviértales a los americanos que deben marcharse. ¡Y márchese usted también! Nunca lograrán ustedes acabar con todos los tripulantes de esta máquina infernal. Ellos pueden ser centenares o incluso miles. ¡Bircher, están dejando perder la única oportunidad de salvarse antes que lleguen más hombres-insectos y les aniquilen con sus rayos mortíferos!

-A propósito de esos rayos mortíferos -dijo Bircher sin escuchar a la muchacha-. El tipo a quien liquidé dejó caer su fusil. Si es mortífero para nosotros, entonces probablemente también lo será para ellos... ¡Sí, lo voy a llevar conmigo para probarlo contra sus propios inventores!

Bircher se acercó al cadáver de su víctima, recogió la extraña arma que aquél había dejado caer y la examinó rápidamente. Luego dijo en inglés:

-No voy a pedirles que se arriesguen demasiado por mí, pero necesito su colaboración para ayudarnos mutuamente. Dos de esos tipos andan por el reverso de esta plataforma con el propósito de acercarse a su cohete y darles un disgusto. Entreténganlos comportándose como si realmente ignoraran su presencia, y yo me encargo de cazarles.

-De acuerdo, Comandante Bircher -contestó el americano-. Empezaremos a descargar equipo sin apresurarnos mucho.

Rolf llegó al borde de la plataforma y se detuvo estirando el cuello.

Allí estaban los «hombres-insecto», andando por el borde del anillo como moscas por una pared. Sin embargo, no había nada de extraordinario en esta forma inverosímil de andar por el borde del anillo como si sus plantas se adhirieran al acero por medio de ventosas. El campo magnético de atracción del anillo tiraba de ellos. Y no había miedo de que se despegaran de las planchas y se precipitaran en el aterrador abismo cósmico que se abría bajo ellos.

Los insectos marchaban con rapidez hacia el cohete americano sin volver la cabeza. Intrépidamente, Bircher saltó al abismo... para caer de bruces sobre las planchas de acero del anillo.

Al incorporarse se encontró en mitad de un paisaje completamente nuevo y original. Estaba de pie en el «canto» del gigantesco anillo que rodeaba la esfera. Este anillo, al extenderse ante él, era como un camino o puente luminoso tendido en audaz arco a través de las estrellas. Él marchaba por este puente, y a derecha e izquierda sólo existía el abismo espacial, negro, sin fondo, aterrador...

A fin de evitar ser visto por los insectos si éstos volvían la cabeza, Rolf cruzó todo el borde del anillo y se «encaramó» a la cubierta del otro lado.

El aspecto de esta plataforma era idéntico al del otro hemisferio, pero el casco de la gigantesca esfera parecía conservarse en mejor estado, pues no se apreciaban perforaciones ni boquetes producidos por meteoritos como en el hemisferio vuelto hacia la Tierra.

Rolf echó a correr a grandes zancadas por la desierta plataforma hasta que calculó que debía encontrarse a la altura del cohete americano. Entonces volvió al borde del anillo y miró por encima de éste.

Había calculado con tanta precisión las distancias que se encontró justamente detrás de los «hombres-insecto». Estos estaban echados de bruces sobre las planchas del borde del anillo espiando a los americanos.

Por tercera vez franqueó Bircher lo que parecía barrera del equilibrio pasando de la plataforma al borde de ésta.

El grosor del anillo de la «nave del espacio» era solamente de unos 25 ó 30 metros. Empuñando el fusil eléctrico apresado, Bircher avanzó por detrás de los insectos. Ellos estaban tan abstraídos en su espionaje que ni siquiera presintieron la amenazadora figura del terrestre que se detenía tras ellos.

Bircher habría podido achicharrar allí mismo a los insectos en este instante. Sin embargo, con el pulgar sobre el botón de disparo, se detuvo inspirado de un absurdo sentimiento de repulsión a darles muerte por la espalda.

-Apuesto a que no merecéis esta oportunidad -murmuró Bircher entre dientes.

Avanzó dos pasos más y adelantó su bota tocando a uno de los insectos con el pie.

El «hombre-insecto» se volvió.

CAPÍTULO VIII

El terrícola y el intruso sideral se contemplaron un instante como si cada uno pretendiera descubrir en el otro las intenciones que le animaban. El segundo monstruo se volvió también, a pesar de que su compañero no abrió la boca para pronunciar palabra. ¿Pero acaso tenían aquellas horrendas criaturas también el don de la palabra?

Bircher tenía encañonados a los monstruos con el arma eléctrica capturada a su anterior víctima, y tan seguro estaba de que podría liquidar a los insectos al menor movimiento sospechoso de éstos, que en realidad se descuidó.

Sus pies estaban incautamente entre los pies de uno de los insectos. De pronto se sintió enredado en los pies del monstruo y lanzado al piso con inesperada fuerza.

Rolf cayó de espaldas al mismo tiempo que el segundo insecto saltaba con extraordinaria agilidad y se precipitaba sobre él.

Bircher apretó sin vacilar el botón disparador.

Brilló un relámpago deslumbrador que envolvió por una fracción de segundo en un halo azul y chisporroteante al monstruo. Éste, por el impulso que llevaba, fue a caer sobre Bircher. Pero entonces ya era cadáver.

Rolf estaba todavía desembarazándose del peso del cadáver cuando el segundo monstruo saltó sobre él. El terrícola quiso oponer al ataque de su enemigo el fusil eléctrico, pero el insecto se lo arrebató de una manotada arrojándolo lejos.

El insecto cayó sobre Rolf. Chocaron las escafandras, y a través del cristal, el terrícola vio a unas pulgadas del suyo el horrible rostro de su enemigo, abiertas las fauces en una mueca de aterradora ferocidad.

Dos de las manos de aquel extraordinario ser rodearon la garganta de Bircher, mientras las otras dos iban a sujetarle los brazos.

Por fortuna, el cerco metálico de la escafandra de Bircher impidió que el otro pudiera estrangularle. Rolf no se entretuvo demasiado en cavilar un sistema de ataque. Echó mano al cuchillo, y de un tajo cortó el tubo de caucho que el monstruo llevaba conectado a su escafandra por detrás.

El monstruo dio una boqueada, mostrando de paso la pulpa escarlata de su paladar y una doble hilera de dientes afilados como puntas de una sierra. La presión de las manos del insecto sobre Bircher se aflojó.

Bircher empujó a su enemigo, el cual rodó por las planchas estremeciéndose en los espasmos de la agonía.

Mientras se incorporaba mirando sombríamente los cadáveres de sus dos enemigos, Rolf escuchó muy debilitada la voz de Geraldine:

-¡Bircher! ¿Me oye?

-Sí, señorita Blomberg. Ya no tenemos que preocuparnos por aquel par

de individuos que andaba por ahí amenazando con achicharrarnos. Los he despachado a los dos. ¿Qué ocurre? La oigo muy mal.

-Mi batería eléctrica se está descargando. Apenas me calienta y temo que pronto dejaré de oírle.

Las baterías recargables de cadmio y níquel que formaban parte del equipo de los astronautas, servían para calentar interiormente los trajes de presión y para accionar la radio. Aproximadamente, estas baterías tenían la misma duración que el oxígeno y el helio comprimido en las botellas, y se cambiaban al mismo tiempo.

El agotamiento de la batería era indicio de que la provisión de oxígeno llegaba a su final. En realidad, el oxígeno de Geraldine se había gastado más deprisa que el de Rolf, pues era bien sabido que el estado de ansiedad e inquietud en una persona traía como consecuencia un gasto mucho más elevado de oxígeno.

-Está bien, señorita Blomberg. No malgaste más electricidad utilizando la radio. Desconecte y espere tranquila. No tardo en subir con cuerdas, oxígeno y una nueva batería.

Recogiendo los fusiles de sus víctimas y poniéndolos bajo el brazo, Bircher regresó apresuradamente a la plataforma donde el cohete americano se encontraba posado sobre sus patas verticalmente.

Desde la escotilla de la máquina, un astronauta americano encañonó a Rolf con su pistola ametralladora.

-No me confundan, no soy uno de esos Hombres-Hormiga -dijo Rolf, por la radio empleando el inglés-. Lo siento, pero no puedo perder tiempo dándoles la bienvenida. Uno de mis compañeros, la señorita Blomberg, se cayó en un aljibe seco y está agotando su provisión de oxígeno. Debo acudir inmediatamente en su auxilio o morirá.

-¿Una señorita? -interrogó una voz nasal en inglés-. ¿Podemos ayudarle en algo?

-La mejor ayuda que pueden prestarnos y prestarse a sí mismos, consiste en quedarse aquí cuidando de los cohetes. Voy a dejarles un par de estos fusiles eléctricos para defenderse en caso de ataque de los insectos.

Dejando en el suelo dos de los tres fusiles capturados, Bircher se alejó en dirección al «Abenteurer» corriendo como el gigante de las Botas de Siete Leguas.

La voz de los americanos le alcanzó mientras corría.

-Soy el comandante Greene, jefe de nuestro equipo. Voy a enviarle al capitán Wade para que le acompañe en esa expedición de rescate. Somos tres hombres en nuestro equipo y podemos prescindir de Wade si es por corto tiempo.

-No tardaremos apenas una hora en estar de regreso. Envíeme a su hombre. Le necesitaré para sostener la cuerda mientras yo desciendo al

aljibe en busca de la muchacha -dijo Rolf agradecido.

* * *

Geraldine yacía de costado en el fondo del aljibe y ni siquiera se movió cuando Bircher llegó a su lado. Él dejó su linterna en el piso de forma que le alumbrase y corrió a tomar las botellas de oxígeno que descendían por la cuerda sostenida desde arriba por el capitán Wade.

Después de serle cambiadas las botellas de oxígeno y la batería, al cabo de diez minutos de practicarle la respiración artificial, la muchacha empezó a dar señales de vida.

Bircher continuó en su enérgico tratamiento cinco minutos más hasta que la oyó lanzar un gemido. Entonces ató la cuerda por debajo de los brazos de la chica y ordenó a Wade que tirara. El propio Rolf trepó por su cuerda adelantándose a Geraldine, de modo que llegó antes arriba y pudo ayudar a Wade a sacarla del agujero.

Cuando Rolf la llevaba en brazos a través del parque hasta la plazuela donde estaba la estatua, Geraldine protestó:

-Deje, ya puedo valerme por mí misma...

Bircher la puso de pie. Ella se tambaleó y él la sostuvo por un brazo.

-¿Quién es este hombre? -preguntó Geraldine.

-Le presento al capitán Wade, del equipo de cosmonautas americanos. Su ayuda fue muy eficaz.

-Gracias, capitán -dijo Geraldine en muy buen inglés. Y le tendió la mano.

Floyd Wade correspondió calurosamente al saludo de Geraldine. Era un joven de estatura mediada, delgado y de ágiles movimientos. A través del cristal de su escafandra se apreciaba un rostro aniñado, lleno de pecas, animado por unos ojos azules, inteligentes y risueños.

Wade su apresuró a comunicar por radio a su grupo el feliz resultado de la operación de rescate, así como que iniciaban el regreso.

-Sí, vengan cuanto antes -contestó Green-. Los hombres-insecto no se han dejado ver, pero no me siento tranquilo.

Floyd Wade no había perdido el tiempo.

Mientras Bircher estaba en el aljibe reanimando a Geraldine, el americano había hecho funcionar repetidas veces su cámara fotográfica y tomado abundantes muestras de los vegetales del parque. En bandolera llevaba una gran bolsa color caqui de tipo militar muy voluminosa.

-¿Qué lleva ahí? -preguntó Rolf al americano mientras descendían rápidamente las escaleras.

-Encontré otro de esos huevos de los que usted me habló. También me tomé la libertad de recoger aquel embrión de hombre-insecto que ustedes abandonaron... ¿No les molestará, verdad? En todo caso, no creo que haya

inconveniente por parte de mi gobierno en compartir con el de ustedes las investigaciones que más tarde se realicen sobre el material que hemos recogido...

Bircher no contestó. Otro asunto le preocupaba más: Kurt Gerlach.

Nada habían vuelto a saber de Gerlach desde que los «insectos» le llevaron prisionero junto con el cosmonauta ruso superviviente.

Bajando apresuradamente las escaleras y cruzando luego la mitad del diámetro total de la gigantesca esfera hasta el casco de ésta, los expedicionarios alcanzaron el boquete por donde habían entrado.

Cerca de allí, el «Abenteurer» seguía donde le dejaron, inclinado sobre una de sus cortas alas. Más allá, el cohete americano se erguía con su orgullosa esbeltez sobre sus largos espigones en forma de trípode. Dos hombres daban vueltas en torno al cohete americano, vigilando con las armas en la mano.

La voz del comandante Green resonó en los auriculares de Bircher.

-¿Ya están ustedes de vuelta? Lo celebro. Acabamos de recibir un radio de nuestra Base ordenándonos regresar a la Tierra inmediatamente. Usted, comandante Bircher, también se apresurará a regresar. ¿No es cierto?

-A nosotros todavía nos quedan algunas cosas por hacer. Un compañero nuestro, Kurt Gerlach, fue capturado al mismo tiempo que uno de los cosmonautas rusos y llevado al interior de esta esfera. Tengo que saber qué ha sido de ellos.

-¿No pensará usted en rescatarles?

-Si puedo los rescataré.

-¿Con todos esos hombres-insecto pululando en los recovecos de esta nave? ¡Está usted loco, comandante Bircher!

Bircher rezongó sin detenerse en su marcha hacia su cohete:

-Bueno, en realidad no sabemos cuántos de esos insectos viven en esta esfera. Puede que pasen del millar, o bien que no alcancen a la docena. Yo creo que si fueran tan numerosos como usted dice, ellos ya habrían acudido en tropel para capturamos. De todos modos, cualquiera que sea su número, voy a entrar en busca de Gerlach y el cosmonauta ruso.

Los americanos se pusieron a hablar entre sí animadamente, pero Bircher dejó de interesarse por ellos.

Dando una pequeña carrera para alcanzarle, Geraldine Blomberg se puso a su lado. La muchacha no pronunció palabra alguna. Al llegar junto al «Abenteurer», Rolf se volvió de pronto hacia ella y dijo:

-Tal vez usted no aprueba mi decisión, ¿no es eso?

-Yo no le he dicho nada.

-Pero lo está pensando -acusó Bircher rencoroso-. Apuesto a que piensa que el éxito de nuestra misión exploradora se pone a riesgo inútilmente con este loco intento de rescatar a Kurt y al cosmonauta ruso.

-Si quiere que le diga la verdad, el intento de rescatar a Kurt es una locura...

-¡Ah!

-Pero una locura hermosa -agregó la chica sin dejarle continuar. Rolf la vio sonreír tras el cristal de la escafandra-. Sobre todo para quienes una vez han estado en el riesgo de morir y han sido rescatados a la muerte por la tenacidad, llevada al sacrificio, de un compañero leal y valiente. Una cosa aprendí mientras estaba allá en aquel agujero, pendiente de la rapidez con que usted volviera para salvarme de morir de frío y asfixia. Y es que, pese a cuanto una diga de sacrificarse en aras de la Ciencia y en bien de la Humanidad, en ese momento terrible en que se ve a solas ante la muerte, siente que el terror le penetra en el corazón y todo su ser se aferra desesperadamente a la vida. Tuve miedo a la muerte, lo confieso. Y deseé tan fervorosamente que usted llegara a tiempo de salvarme, que la confianza en que vendría a sacarme de allí fue lo único que evitó que muriera enloquecida de terror. Algo parecido deben estar experimentando ahora Gerlach y el cosmonauta ruso. No seré pues yo quien me oponga a que haga por ellos lo que hizo por mí, y en lo que mis fuerzas puedan, cuente con mi ayuda.

Rolf, que la había escuchado sorprendido, extendió su mano poniéndola sobre el hombro de la muchacha.

-Reconozco que me equivoqué al juzgarla -dijo emocionado-. En el fondo es una gran muchacha.

-No, Bircher. Soy egoísta, estúpida y engreída, como usted me adivinó. Pero prometo aplicarme la lección y cambiar mi modo de ser en adelante.

-Estoy seguro que lo hará -dijo Rolf. La presión de su mano sobre el hombro femenino se hizo expresivamente fuerte-. Y ahora no perdamos más el tiempo. Kurt y ese muchacho ruso deben estar pasando muy mal rato ahí dentro.

-¿No vamos a comunicar siquiera a la Base lo que nos proponemos hacer?

-Perderíamos demasiado tiempo en explicaciones. Probablemente me ordenarían regresar abandonando a Gerlach; en cuyo caso les desobedecería. Mejor que ignoren lo que ocurre... hasta que estemos de regreso o los cosmonautas americanos cuenten en qué forma perdimos la vida.

Geraldine Blomberg asintió con enérgico movimiento de su escafandra.

Sacando de la esclusa de aire nuevas botellas de oxígeno y baterías, se las adosaron a la espalda y tomaron sus armas disponiéndose a emprender la marcha.

En este momento volvieron a escuchar en los auriculares la voz del comandante Green:

-Espere un momento, Bircher. Wade y yo vamos a ir con ustedes... si no les importa.

-No sólo no nos importa, sino que se lo agradecemos mucho. ¿Ha recibido permiso de sus jefes para acompañamos? -contestó Bircher.

-Si quiere que le diga la verdad, no hemos consultado el caso. Temo que si les llamara en solicitud de permiso, nos ordenarían regresar. Hay cosas que un grupo de científicos no puede comprender desde su seguro puesto al lado del transmisor de radio... y ésta es una de ellas. Voy a dejar al teniente Squider con uno de esos fusiles eléctricos al cuidado del cohete y soy enseguida con ustedes.

Geraldine Blomberg y Rolf Bircher esperaron unos minutos hasta que los dos cosmonautas norteamericanos llegaron a su lado. El comandante Green llevaba además de su pistola ametralladora uno de aquellos fusiles eléctricos capturados por Rolf a los «hombres-hormiga».

Green, hombre alto para un piloto de nave espacial, joven y ancho de espaldas, hizo una seña amistosa a los cosmonautas germanos.

-Cuando ustedes quieran.

El grupo echó a andar por la plataforma en forma de anillo alejándose del «Abenteurer», en primer término, y el cohete americano que estaba doscientos metros más lejos. La curvatura de la plataforma, ceñida a la esferidad de la «nave del espacio», no les dejaba ver la aeronave rusa.

Después de unos minutos de marcha, la aeronave rusa apareció al fondo de la monótona perspectiva.

El cohete de los rusos, después de estrellarse contra la «nave del espacio», debió caer desde buena altura a la plataforma y quedó boca abajo completamente destrozada. El cadáver carbonizado del ruso que mataron los «hombres-hormiga» seguía en el mismo sitio donde cayó víctima de la descarga eléctrica.

No lejos de donde yacía la nave rusa, en el muro de la esfera, se advertía una sólida puerta de acero que había quedado entreabierta.

CAPÍTULO IX

Rolf Bircher se detuvo ante una puerta de acero.

-Ésta debe ser la esclusa de aire por donde Gerlach y el cosmonauta ruso fueron llevados al interior. Veamos, Kurt dijo que se pulsaba este botón...

Los terrícolas esperaron con inquietud mientras la luz ambarina brillaba tras un pequeño cristal arriba de la puerta. Al apagarse la luz después de un par de minutos, la pesada puerta de acero empezó a abrirse por sí misma hacia adentro.

Una cámara bastante espaciosa se mostró iluminada a través de la puerta abierta. Los cosmonautas vieron a un lado una serie de estantes donde se alineaban ordenadamente escafandras y botellas de oxígeno. Al otro lado, los trajes de presión colgaban en largos armarios. Al fondo, se advertía una segunda puerta que estaba cerrada.

El grupo siguió en silencio a Bircher al interior de la cámara. Rolf estudió el cuadro de botones inmediato a la puerta por el lado de dentro. Pulsó uno, y no ocurrió nada.

Apretó otro botón. La puerta empezó a moverse de nuevo, ahora para cerrar.

-Esto marcha -dijo Rolf exhalando un suspiro-. Todo el proceso debe ser automático y al cerrarse la puerta debe empezar a ser insuflado aire a presión.

-¿Esos insectos respirarán oxígeno como nosotros? -preguntó el comandante Green.

-Seguramente.

Geraldine Blomberg lanzó una ronca exclamación:

-¡Bircher, mire esto! ¡Es la escafandra de Gerlach! Y esta otra debe ser la del cosmonauta ruso. Tiene sangre por la parte interior. El piloto ruso debió herirse en la cabeza a consecuencias del choque.

Rolf tomó la escafandra de manos de la chica y examinó su interior. Había mucha sangre manchando el interior acolchado de la escafandra. Bircher señaló al piso.

-Ese pobre muchacho debe ir sangrando. Observen que hay gotas de sangre en el suelo.

Volviendo a dejar la escafandra en el estante, Rolf se movió en dirección a la segunda puerta. Sobre ésta acababa de encenderse una luz verde destellante. A un lado había otro pequeño cuadro de botones, réplica fiel del que había inmediato a la primera puerta por donde entraron.

La luz dejó de destellar al cabo de unos minutos y en su lugar brilló de nuevo la luz ambarina. Rolf pulsó un botón y la puerta empezó a abrirse automáticamente.

Con el fusil aferrado entre sus manos enguantadas, Rolf se deslizó por la abertura de la puerta apenas ésta fue lo suficiente ancha para permitirle el paso.

Se encontró en una segunda cámara de dimensiones algo mayores, de paredes desnudas, en el centro de la cual se veía el arranque de una escalera que se hundía en el piso, y el hueco de un ascensor. No había nadie.

-Adelante -dijo Bircher a sus compañeros.

Las pequeñas gotas de sangre, muy espaciadas en el piso, señalaban la dirección del ascensor. Rolf echó a andar hacia el hueco del ascensor y entonces, por primera vez, notó algo nuevo. Sus zapatos de suela de plomo resonaban en el piso con ruido metálico.

Aquí había una atmósfera trasmitiendo los sonidos.

Rolf vio un poco sorprendido un solo botón en el cuadro de cristal fijado a la verja de acero del ascensor. Apretó aquel botón. Se escuchó un zumbido que procedía de abajo.

El pequeño grupo esperó en silencio hasta que vieron aparecer el ascensor. Éste era un sólido cajón en forma de cubo. Al abrirse la puerta automáticamente, los terrestres se echaron atrás instintivamente aferrando sus armas...

Pero el interior de la cabina estaba vacío. En el piso, los cosmonautas descubrieron con sorpresa una serie de asas de un metal flexible como cuero.

Había también un par de barras metálicas verticales del piso al techo, y otras barras a lo largo de las paredes sirviendo como pasamanos.

-¿Qué significan esas asas del piso? -murmuró Wade-. Parece como si estuvieran ahí para meter los pies.

-Probablemente están aquí para eso -repuso Rolf-. Vamos a pasar a través del campo magnético de atracción artificial de la nave. En algún punto del recorrido de este ascensor, la gravedad quedará reducida a cero. Las asas y las barras deben estar ahí para que los ocupantes del ascensor no se vayan al techo de cabeza.

-¡Oh, ya comprendo! -exclamó Wade-. Ese anillo o plataforma que divide a la esfera en dos hemisferios iguales, debe estar magnetizada por ambas caras, de modo que los tripulantes de arriba deben estar en posición invertida respecto a los del hemisferio de abajo...

-Creo que así es como los inventores de esta máquina resolvieron el problema de dar a su nave un centro de gravedad bien equilibrado -repuso Bircher.

El grupo estaba ya dentro y todos metían las puntas de los pies por dentro de las asas del piso, a la vez que se asían con una mano de cualquiera de las barras laterales o verticales.

Rolf oprimió el botón de la parte interior de la cabina. Las puertas

corredizas se cerraron automáticamente y el ascensor se movió empezando a bajar con lentitud.

No pasó mucho rato sin que los cosmonautas notaran una sensible y rápida pérdida de peso. Sus pies tendían a separarse del piso, quedando Geraldine Blomberg flotando en el aire. Inesperadamente, se vieron volteando en compañía del ascensor. Éste dio media vuelta de campana sobre algún eje inadvertido, y el grupo se encontró subiendo al mismo tiempo que sentía aumentar su peso.

El ascensor se detuvo poco después, la puerta se abrió automáticamente y los terrícolas se encontraron en una cámara idéntica a la que acababan de dejar arriba.

También aquí había una esclusa de aire. La puerta de esta esclusa estaba cerrada, pero se abrió inmediatamente apenas Rolf apretó el botón correspondiente.

Cruzando la esclusa de aire, idéntica a la de arriba, Bircher se detuvo ante la segunda puerta. Antes de oprimir el botón para abrir esta puerta, dijo volviéndose a sus compañeros:

-Si hay tripulantes en esta astronave, seguramente los encontraremos ahora.

Rolf pulsó el botón y empuñó el fusil eléctrico. La pesada puerta giró silenciosamente. Bircher saltó fuera...

Con gran sorpresa se encontró ante una reproducción exacta de la compleja instalación que acababan de atravesar para llegar a la primera esclusa de aire. En realidad era como si salieran de aquella primera cámara, volviendo al mismo lugar...

Una diferencia únicamente notaron. En este gigantesco e intrincado laboratorio atómico, las máquinas dejaban oír un zumbido potente y monótono, el cual quedaba en parte amortiguado por las escafandras herméticamente unidas a los trajes de presión acolchados.

No se veía a nadie.

-¿Dónde demonios se esconde esta gente? -se oyó decir a Wade con acento de exasperación.

Había un reguero de gotas de sangre, distanciadas unas de otras, pero con frecuencia entre ellas podía verse unas líneas cuya naturaleza les intrigó mucho hasta que Geraldine dio la interpretación lógica:

-Los hombres-insecto debieron llevar al cosmonauta ruso medio a rastras y con la cabeza gacha. Eso explica que la sangre de su herida goteara en el piso. Las líneas fueron producidas por las punteras de sus zapatos con suela de plomo cuando iba dando traspiés.

El grupo siguió avanzando por el ancho corredor, mirando recelosamente a un lado y otro, por donde en cualquier momento podía surgir el enemigo saltando desde detrás de una caldera, un cuadro de

indicaciones o cualquiera de las gruesas tuberías que cruzaban por todos los lados.

Las gotas de sangre y las marcas de las suelas del cosmonauta herido guiaron a los terrícolas hasta un ascensor inmediato a una escalera metálica. El ascensor no se encontraba en aquel momento allí, pero Rolf oprimió el primer botón de la fila, diciendo:

-Esta vez emplearemos el ascensor. Si hubiera que poner pies en polvorosa, éste es el sistema más rápido de evasión después de todo.

-¿Cómo sabremos en qué piso se detuvieron nuestros amigos?

-Parando en todas las plantas. No conozco otro medio de poder averiguarlo -repuso Bircher.

Un amortiguado zumbido indicó a los cosmonautas que el ascensor se ponía en marcha. Wade, que seguía mirando con desconfianza a su alrededor, dijo entre dientes:

-Me escama que no hayamos visto todavía a ninguno de esos tipos. Apuesto a que saben de nuestra presencia dentro de su recinto y están siguiendo todos nuestros movimientos por televisión.

-¿Quién sabe? Puede que nos llevemos una sorpresa -dijo Bircher.

-¿Cuál sorpresa? -preguntó Wade.

-Que el número de tripulantes de esta nave sea mucho más reducido que lo que supusimos en un principio. Una máquina de tan grandiosas proporciones no debe haberse construido en Marte para un viaje tan corto a la Tierra. Quizás esta astronave lleva marchando siglos por el espacio desde su mundo de origen. En tan largo tiempo, la tripulación originaria se habrá ido reproduciendo... y probablemente disminuyendo en número a medida que aumentaban las dificultades propias de un viaje tan largo... con una meta tan remota como incierta. Tal vez los supervivientes de la nave no alcancen un centenar, o ni siquiera una docena.

El ascensor llegó en este momento desde arriba y se detuvo. Las puertas se abrieron de golpe automáticamente, como invitando a los cosmonautas a entrar. Era un ascensor grande, capaz al menos para una veintena de personas bien holgadas.

Cuando todos estuvieron dentro, Rolf apretó el primer botón de la larga fila dispuesta sobre una placa blanca.

Las puertas se cerraron por sí solas con un chasquido y al mismo tiempo el ascensor salía disparado con tal fuerza que estuvo en bien poco que tirara a los cosmonautas rodando por el piso.

* * *

Ráfagas alternativas de sombra y luz comenzaron a desfilar ante los aterrados ojos de los expedicionarios, señalando el cruce veloz por las sucesivas plantas iluminadas.

-¡Comandante Bircher! -gritó Green-. ¿Qué botón apretó usted?

-El primero.

-¡Querrá decir el último! El primer piso quedó allá abajo.

-Según por donde se mire, puede ser el primer botón o el último. Los constructores de este ascensor debieron tener un concepto distinto del orden al nuestro. Para ellos, el primer botón de abajo corresponde al último piso de arriba. ¿Qué importancia tiene eso?

-Creí que quería usted registrar todas las salidas a los pisos empezando por el primero.

-En efecto. Mas para eso, lo mismo da empezar por abajo que por arriba.

Muy pronto, una disminución de la velocidad del ascensor indicó la proximidad de una parada. En efecto, el ascensor se detuvo, las puertas metálicas se abrieron de golpe y sus ocupantes se vieron ante unas gradas, un muro circundante de sillares y, al fondo, una densa masa de verde vegetación bajo la grandiosa cúpula de acero que se elevaba a mil metros de altura.

-¡Caramba! -fue Floyd Wade quien lanzó esta exclamación acompañada de largo silbido de admiración. Dio unos pasos fuera del ascensor y miró a su alrededor-. ¡Compañeros, esto es estupendo!

Rolf salió del ascensor. Se encontraba en una plaza idéntica a la que él y Geraldine Blomberg habían explorado en la parte opuesta de la esfera, con la sola diferencia que aquí existía una atmósfera, y la vida vegetativa se desarrollaba en todo su esplendor.

Miró al suelo. No había manchas de sangre, que era precisamente lo que él esperaba, pues no creía que Gerlach y su compañero de cautiverio hubiesen sido traídos aquí.

-¡Cuidado, Bircher! ¡Insectos! -era la voz excitada de Geraldine.

Bircher giró en redondo. En lo alto de una de las escalinatas, una alucinante criatura estaba inmóvil contemplándoles. Era un «hombre-insecto». Con él, otros dos pequeños monstruos se mostraban por primera vez a los terrícolas en toda su horrenda fealdad, sin vestidos ni escafandras que desfiguraran o siquiera atenuasen su desagradable aspecto.

El insecto adulto era ligeramente más alto que un hombre, y los dos pequeños insectos que estaban a su lado, aproximadamente de la talla de niños de 8 ó 9 años.

De pronto, cogiendo a sus pequeños monstruos por los brazos, el «hombre-insecto» dio un brinco prodigioso y desapareció de la vista de los terrícolas.

Floyd Wade inició un brusco movimiento como para salir en persecución de los monstruos.

-¡Quieto, Wade! ¡Vuelva acá! -gritó Bircher. El norteamericano se

detuvo-. Vámonos de aquí. No podemos perder tiempo.

Todos se precipitaron atropelladamente dentro del ascensor. Rolf oprimió el segundo botón, las puertas se cerraron con un chasquido y el suelo pareció hundirse bajo las plantas de los terrícolas cuando la plataforma empezó a moverse.

Apenas unos segundos más tarde, el ascensor se detenía de nuevo bruscamente y las puertas se abrían desplegando ante los cosmonautas la grandiosa perspectiva de una enorme plaza circular brillantemente iluminada, desierta, fría y desagradable como los grandes y modernos presidios de la Tierra.

Bircher saltó fuera del ascensor y se inclinó hacia el suelo.

-Aquí están las manchas de sangre -anunció. Se irguió y miró en torno con recelo.

Las puertas de las celdas estaban todas herméticamente cerradas en los tres pisos sucesivos. No se veía a nadie en la plaza ni en las aéreas aceras metálicas comunicadas por una red de escaleras.

Geraldine Blomberg, el comandante Green y el capitán Wade se precipitaron fuera del ascensor empuñando resueltamente sus armas.

-¡Nadie! -exclamó Wade con acento de exasperación-. ¿Es que esa gente nos huye, o realmente estamos solos en esta inmensidad desierta?

-Sigamos las gotas de sangre. Ellas nos llevarán hasta nuestros amigos -dijo Bircher.

Mientras cruzaban apresuradamente la plaza siguiendo el rastro de sangre, Green habló con preocupación:

-¿Cuánto creen que tardarán en dar la voz de alarma aquellos insectos que vimos en el parque?

-Debimos ir tras ellos y liquidarlos -dijo Wade con ferocidad-. Sólo así estaríamos seguros de que no iban a dar el alerta a sus compañeros.

El goteo de la sangre del cosmonauta herido llevó al grupo en dirección a uno de aquellos callejones que en forma de radios de una rueda partían de la plaza en todas direcciones. Antes de entrar en el callejón, Rolf se detuvo frunciendo el ceño.

-¿Por qué nos paramos? -preguntó Wade empujando a Bircher por detrás-. ¿No estamos de acuerdo en que no tenemos tiempo que perder?

-Hay una cosa que me está intrigando mucho -dijo Rolf-. Después de todo estamos aquí para llevar a cabo una inspección científica, ¿no es eso? Nuestros respectivos gobiernos, que han gastado millones para enviarnos al espacio, nos censurarían con razón si regresáramos sin los informes que vinimos a buscar.

-Sabemos lo que queríamos saber; es decir, si la nave estaba tripulada y por quién -dijo Green.

-Cierto. Sólo nos falta averiguar «por cuántos», y «por qué». Se me ha

ocurrido una idea.

-Bueno, diga de una vez lo que sea y ganemos tiempo. Antes de un minuto, estas puertas pueden abrirse todas de un golpe y vernos rodeados de una muchedumbre de esos repulsivos insectos.

-Algo de eso estaba pensando. Si habrá alguien detrás de esas puertas cerradas.

Rolf se encaminó en derechura a la puerta más próxima, empujó la palanca y arrimó el hombro al acero. Wade llegó junto a él, arrimó a su vez el hombro y empujó.

La puerta se abrió. El camarote estaba a oscuras. Rolf buscó a tientas el interruptor y encendió la luz.

La antecámara estaba igualmente distribuida y amoblada que las otras que habían registrado en el lado opuesto de la gran esfera cósmica. Las puertas que daban a la antecámara estaban cerradas.

Rolf entró resueltamente, asió el pomo de una de las puertas y empujó...

Lo que vio le hizo pegar un brinco de sobresalto y adelantar impulsivamente el cañón de su fusil eléctrico. Wade miró por encima del hombro de Bircher y lanzó una exclamación:

-¡Insectos!

La voz de Wade llegó por la radio hasta Geraldine Blomberg y el comandante Green, quienes se precipitaron dentro de la cámara.

En efecto, tres hombres-insecto dormían acurrucados en otras tantas de las literas superpuestas que ocupaban aquel camarote. Los muros, el armazón de las literas y el piso estaban cubiertos de una delgada película blanca. Bircher tocó esta sustancia con el dedo.

-¡Hielo! -anunció.

El grupo quedó silencioso. Bircher se separó de aquella puerta, fue a la contigua y la abrió. Una escena semejante a la del camarote inmediato se mostró a sus sorprendidos ojos. Allí también dormían acurrucados tres «hombres-hormiga»... con la sola diferencia que los insectos eran de tamaño más pequeño.

Inspirado de una terrible sospecha, Bircher salió sin decir palabra de la cámara, corrió a la puerta contigua y la abrió...

No perdió mucho tiempo en la inspección. Al salir se encontró con el resto del grupo que abandonaba el camarote contiguo.

-También aquí al lado hay insectos durmiendo en una temperatura de nevera -dijo Bircher con crispada voz-. Y apuesto lo que quieran a que hay más en los camarotes de al lado... y en los pisos de arriba... y en todas las plantas, detrás de todas las puertas...

-¡Rolf, eso es! -exclamó Geraldine Blomberg pegándose con la mano en el frente metálico de su escafandra-. Los insectos están aletargados. Se sumieron por propia voluntad en ese largo sueño invernal creado

artificialmente... que es una forma de dejar transcurrir el tiempo sin perder energías ni consumir alimentos. ¡Es así como han sobrevivido a los largos siglos de travesía cósmica!

-¡Recáspita! -exclamó Wade pegando un brinco-. ¿A que resulta que hay un millón de esos insectos durmiendo a pierna suelta donde nosotros creímos que sólo íbamos a encontrar una docena de debilitados supervivientes?

-Si no en número de varios millones, al menos varios miles es seguro que los hay -dijo Bircher.

-¡Amigo, pues si empiezan a despertarse estamos listos!

-No, no despertarán tan pronto -negó Geraldine-. Antes de salir de su letargo, la guardia que se ha mantenido despierta para guiar esta nave a su destino, se cerciorará de que han encontrado un mundo en el que las condiciones de vida se dan en grado aceptable para ellos.

-¡Y ese mundo es el nuestro, la Tierra! -exclamó Peter Green.

-Sí -contestó Geraldine-. Tal vez hayan estado buscando un planeta como el nuestro durante milenios... y finalmente lo han encontrado. Cuando estén seguros de que nuestro mundo es habitable para ellos, las máquinas que mantienen la temperatura de sus cámaras bajo cero dejarán de funcionar, los insectos estirarán sus músculos entumecidos y empezarán a salir de sus cámaras para enterarse con regocijo de que su largo viaje ha terminado y allá abajo gravita un mundo joven que será fácil presa para su antiquísima y súper civilizada raza...

-¡Maldición, tenemos que acabar con todos ellos ahora que están dormidos! -exclamó Floyd lleno de coraje.

-Eso es imposible, amigo mío -habló Rolf-. Ni siquiera tenemos bastantes balas para matarles a todos. Eso, sin contar que su guardia ya debe estar sobre aviso y no nos lo permitiría. Nuestra misión informativa concluye aquí con los datos que hemos obtenido. Todo lo que nos resta por hacer, es libertar si podemos a nuestros amigos y echar a correr.

-¿Sin meterle una bala en la cabeza siquiera a uno de estos repulsivos bichos? -protestó Wade.

-Creo que antes que podamos salir le sobrarán ocasiones de disparar contra las cabezas de esa gente. Sigamos esas gotas de sangre. Ahora es cuando verdaderamente no tenemos tiempo que perder.

CAPÍTULO X

Antes incluso de ver cómo las gotas de sangre oblicuaban en aquella dirección, Bircher comprendió que ésta era la puerta por donde habían entrado Gerlach y el cosmonauta ruso.

Ésta era mayor que las demás y, a diferencia de las otras que se abrían sobre el corredor, carecía de bandas elásticas y cierre por el sistema de palancas. No era, en resumen, la puerta de un camarote común y corriente.

Apenas Rolf, al levantar los ojos de las manchas del piso, había mirado hacia la puerta, cuando la puerta empezó a moverse.

-¡Cuidado alguien sale por esa puerta! -gritó Rolf a sus compañeros.

Geraldine y los dos norteamericanos se detuvieron pegando un respingo. Rolf, reaccionando prontamente, saltó en cambio adelante.

La puerta se había abierto medio metro cuando las miradas de Bircher y el «hombre-insecto» se encontraron a través de esta brecha.

Rolf levantó el cañón de su fusil, el «hombre-insecto» saltó a un lado cerrando la puerta, y la descarga eléctrica del fusil de Bircher brilló con un relámpago azul al pegar en el acero.

El piloto del espacio se abalanzó contra la puerta, metió el pie entre ésta y el marco para impedir que se cerrara y empujó con el hombro.

Floyd Wade acudió en ayuda de Bircher arrojándose como una catapulta contra la puerta. El impulso aunado de los dos terrícolas tiró de espaldas al monstruo que estaba detrás, empujando. La puerta se abrió de par en par. En el suelo estaba el «hombre-insecto», quien con una de sus cuatro manos empuñó una pistola de extraña forma.

El monstruo vestía un traje de presión, aunque sin escafandra.

Wade hizo tabletear su pistola ametralladora. El monstruo cayó con los sesos atravesados y Bircher se encontró frente a otros dos insectos que saltaban hacia él.

Bircher disparó su fusil eléctrico. Brilló un relámpago. Uno de los monstruos cayó fulminado y el otro se detuvo. Bircher disparó de nuevo. Brilló un segundo relámpago y el monstruo se encogió sobre sí mismo cayendo al suelo.

Rolf tuvo una visión fugaz de unos despojos humanos que colgaban cabeza abajo de una cuerda del techo, con un charco de sangre en el piso. Vio también a un muchacho joven atado con cuerdas a una silla...

No vio más, porque en este instante dos figuras negras saltaron en el aire por un lado cayendo sobre él y Wade.

El capitán Green y Geraldine irrumpieron en la habitación cuando Rolf y Wade rodaban por el suelo, confundidos en mortal abrazo con sus enemigos.

Green lanzó un grito de furia mientras descargaba un golpe con la

culata de su fusil eléctrico sobre el negro cráneo de uno de los insectos. Las garras del segundo monstruo estaban sobre el cuello de Rolf. Geraldine se adelantó, aplicó su metralleta a la cabeza del insecto y disparó.

Los sesos del monstruo volaron hacia el techo mientras Rolf lo empujaba a un lado echándolo a rodar por el piso.

Green disparó el fusil eléctrico contra el insecto que había estado encima de Wade. El monstruo, achicharrado, rodó por el piso y estiró sus múltiples brazos.

Se escuchó un grito de horror lanzado por Geraldine.

-¡Kurt... Dios mío!

Bircher se incorporó mirando escalofriado los sangrantes despojos de su amigo, que colgaba por los pies abierto en canal como una res.

A su estremecimiento de frío siguió un sentimiento de arrebatada cólera.

-¡Canallas... asesinos! -gritó furiosamente poniéndose en pie.

Green tomaba a Geraldine por un brazo y la empujaba rudamente fuera de la habitación.

-Cálmese, señorita... y salga afuera, por favor -se oyó decir al cosmonauta americano.

El cosmonauta ruso, amarrado a una silla, miraba a los terrícolas con expresión enloquecida. Tenía una profunda herida en una ceja y era de aquí de donde manaba sangre por todo un lado de su pálido rostro.

Floyd Wade saltó en dirección al prisionero, sacó un cuchillo y cortó sus ligaduras antes que Bircher pudiera arrancarse de la fascinación que sobre él ejercía el macabro espectáculo que ofrecían los restos de Gerlach.

-¡Pronto, fuera de aquí! -gritó Wade cogiendo al ruso y sacándole de la silla de un rudo tirón.

El ruso hubiera caído al suelo si Wade no le hubiera sostenido pasándole un brazo por la cintura.

-Bircher, no se quede quieto ahí. ¡Vámonos! -gritó la voz del comandante Green en los auriculares de Rolf.

En realidad, Green tuvo que asirle de un brazo y tirar de él sacándole de la habitación.

En el corredor, Rolf volvió de su estupor y horror al ver correr a sus compañeros. Mecánicamente echó tras ellos. El ejercicio hizo acelerar los latidos de su corazón y activó el riego sanguíneo de sus vasos cerebrales, disipando su aturdimiento.

El grupo avanzaba por el callejón todo lo aprisa que les permitía el piloto ruso. Bircher se apresuró a correr en ayuda de Wade, pasando un brazo al herido sobre sus hombros, lo cual les permitió marchar más deprisa.

Se encontraban apenas veinte metros de la plaza cuando

inesperadamente tuvo lugar el encuentro.

Media docena de «hombres-insecto» dobló a la carrera la esquina presentándose inopinadamente ante los terrícolas.

Insectos y terrestres se detuvieron en seco, pero los últimos fueron los primeros en reaccionar. Green y Geraldine dispararon simultáneamente con balas y rayos eléctricos.

-¡Malditos! -chilló Wade agudamente. Soltó al astronauta ruso y empuñó su ametralladora.

Una chispa azul envolvió a Floyd Wade, el cual se había puesto delante del cosmonauta ruso y cayó fulminado al suelo.

Rolf Bircher abandonó al herido, encañonó con su arma eléctrica a los insectos y apretó el botón.

Los insectos, cogidos bajo las balas y los rayos eléctricos de Green y Rolf, parecieron arder en mitad de un dramático chisporroteo. Se retorcieron, giraron sobre sí mismos... rodaron por el suelo...

Al cesar el crujido de los chispazos y el tableteo de la ametralladora de Geraldine, Peter Green corrió a inclinarse sobre el infortunado Wade.

-¡Floyd! -llamó con acento angustiado. Luego se le oyó decir-: Ha muerto... ¡puercos insectos!

Se incorporó bruscamente. A través del cristal de la escafandra se le vio pestañear con los ojos llenos de lágrimas.

-¡Vamos de una vez! -gritó lleno de rabia.

Bircher se acercó de nuevo al ruso. Pero la muerte de Wade, que acababa de tener lugar delante de él, y en cierto modo por librarle a él, debió galvanizar al ruso. Éste hizo un ademán rechazando la ayuda de Rolf, se inclinó sobre Wade y le arrancó la metralleta de las crispadas manos.

Cuando el grupo reemprendió la marcha para cruzar la plaza a la carrera, el cosmonauta ruso se movió con dificultad y torpeza, pero no se quedó atrás.

El ascensor estaba donde lo habían dejado con las puertas abiertas. Los terrícolas se precipitaron dentro, Rolf accionó el último botón de arriba y el aparato se puso en marcha.

En la corta espera, mientras veían pasar alternativas ráfagas de sombra y de luz al atravesar como una exhalación los sucesivos pisos, el comandante Green dijo con amargura:

-Bien mirado, de poco nos valió esta expedición al interior de la nave. Somos igual número que al entrar, y yo he perdido un buen amigo.

-No diga usted eso, comandante -contestó Geraldine-. Los informes que obtuvimos en esta «razia» son de un valor inapreciable. Ahora tenemos una idea más exacta de cómo son los hombres que tripulan esta máquina, y también conocemos sus intenciones. ¿Acaso cuando nos ofrecimos para realizar esta expedición no estábamos dispuestos a pagar por esa

información el precio más alto que se nos podía exigir?

Green permaneció callado. Poco después el ascensor se detenía, las puertas se abrían automáticamente y los terrícolas echaban a correr a través de la sala de máquinas hasta la esclusa de aire.

Cruzando sin detenerse las dos cámaras, los expedicionarios entraron en el segundo ascensor, de recorrido más corto.

Apenas la cabina del ascensor hubo repetido al revés su volteo, Bircher empezó a sacar todas las granadas de su cinturón.

-¿Qué se propone hacer? -preguntó Green.

-Voy a inutilizar este ascensor. En lo que pueda, eso retrasará unos minutos a nuestros perseguidores. Corran ustedes a la esclusa, pónganle a este muchacho la escafandra y espérenme.

En la esclusa, Geraldine Blomberg acababa de ajustar la escafandra del cosmonauta ruso cuando llegó corriendo Bircher y se escuchó una patente explosión.

-Listo -dijo Rolf. Y apretó el botón de la puerta.

La puerta se cerró e inmediatamente las invisibles válvulas se abrieron dejando escapar el aire contenido en la cámara al vacío existente en el exterior.

La voz del teniente Squider se escuchó simultáneamente en los auriculares de todo el grupo cuando salían por la gran puerta de acero al anillo o plataforma exterior.

-¡Gracias a Dios que vuelvo a oírles! -fueron las primeras palabras de Squider-. De los Estados Unidos nos ordenan abandonar inmediatamente esta nave. ¡Dicen que ha abandonado su órbita de satélite y se está adentrando en el espacio a velocidad cada vez mayor!

Los cosmonautas levantaron los ojos hasta la Tierra, que por encima de sus cabezas les mostraba el familiar contorno de los continentes bañados por los océanos.

Era cierto, el globo terráqueo estaba ahora más lejos.

Los fatigados expedicionarios hicieron un esfuerzo más, tomando al trote por el anillo. El «Abenteurer», echado sobre un ala, apareció tras la esfericidad del muro de acero. Green preguntó:

-¿El ruso va a ir con ustedes, o prefieren que venga con nosotros?

-Mejor que vaya con ustedes -contestó Rolf-. Su máquina de ustedes se encuentra en posición óptima para el despegue, mientras que nosotros todavía no sabemos si podremos despegar.

Habían llegado junto al tumbado «Abenteurer». Dijo Green:

-Yo, en su lugar, recogería el tren de aterrizaje y me deslizaría de panza hacia el borde de la plataforma dando toda la potencia a los motores.

-Gracias por el consejo. Eso mismo pienso hacer -repuso Bircher alargando su mano al americano-. Buena suerte.

-Ha sido para mí un honor haberle conocido, Bircher. Espero que nos volvamos a ver algún día. Adiós y buena suerte. Adiós, señorita Blomberg.

Green hizo una seña al cosmonauta ruso y los dos se alejaron.

-Buen muchacho ese piloto americano. Merece llegar sano y salvo a su tierra -dijo Bircher en alemán.

-¿Y nosotros no lo merecemos? ¿No somos también buenos muchachos? -contestó Geraldine.

-Por supuesto. Vamos, entre en la cámara. Probaremos suerte.

Rolf esperó hasta recibir la señal de Geraldine de haber abandonado la esclusa de aire. Entonces, echando una última mirada a su alrededor, Rolf se introdujo en la estrecha cámara, cerró la puerta exterior y empezó a quitarse la escafandra y el traje de presión completa mientras las válvulas insuflaban aire a presión.

Cuando la presión de la cámara fue igual a la de la cabina, Rolf abrió la escotilla y se arrastró hasta su asiento mientras Geraldine cerraba tras él.

Después de varias horas de correr de un lado a otro, Bircher se sintió como en su casa al dejarse caer en su sillón y contemplar la maraña de manómetros y conmutadores que sólo él era capaz de entender. Cuanto le rodeaba le era familiar. Se sentía sobre algo que él era capaz de comprender, dirigir y dominar.

No había tiempo que perder.

Rolf apretó un botón de los muchos situados en el brazo derecho de su sillón. El motor cohete de cola se encendió y ardió un segundo dando un vigoroso empujón a la nave.

El «Abenteurer» rodó sobre su rueda y giró apoyándose en el extremo del ala que descansaba sobre la plataforma. La proa del aparato, en esta nueva posición, apuntaba hacia el lado de afuera de la plataforma.

Rolf oprimió otro botón. El sistema hidráulico funcionó replegando el tren de aterrizaje. Con un crujido, el «Abenteurer» se bamboleó y cayó blandamente sobre su panza. El piloto hizo un breve descanso para abrochar los pasadores de su cinturón de seguridad.

-Abróchese el cinturón, Geraldine.

-Ya lo hago.

Bircher miró a través del cristal de la cabina. El cohete americano, orgullosamente erguido sobre sus espigones, quedaba a su izquierda a doscientos metros de distancia destacándose contra el negro firmamento. De sus toberas de popa brotó de pronto una llama que arrojó un chorro de blancos vapores. El cohete, después de permanecer un segundo oscilando sobre su espigón central, se separó de la plataforma y empezó a ascender majestuosamente.

-Esos norteamericanos son unos tipos con suerte -dijo Bircher entre dientes-. Vamos a probar nosotros la nuestra. Como hacen los americanos,

Geraldine... ¡cruce los dedos!

-Ya están cruzados.

-Pues adelante.

El dedo de Bircher apretó con energía un botón. Se sintió el rudo empujón de los motores y un escalofriante rascar de acero contra acero en la parte inferior del aparato.

Con los dientes apretados y el aliento contenido, Bircher esperó unos interminables segundos hasta que de pronto cesó aquel desagradable roce y sintió que se levantaban los muelles de su asiento. Volvían al estado de ingravidez, que era lo que más ardientemente deseaba experimentar Rolf en este instante.

-¡Lo conseguimos, Geraldine! ¡Hemos despegado!

Un ahogado sollozo llegó hasta Rolf. Él se volvió sorprendido y vio a la muchacha que estaba llorando.

-Después de todo -murmuró Rolf- el verdadero puesto de las mujeres está en casa, ante el fogón, y cuidando los niños.

-¿Quiere decir que me he portado mal? -protestó la muchacha.

-No. Sin embargo, me gustará más verla en el lugar que justamente le corresponde. Cuando lleguemos a Alemania tal vez le pida que se case conmigo.

-Y yo «tal vez» le conteste que acepto con mucho gusto -contestó Geraldine dejando de llorar.

Sus ojos se encontraron y se sonrieron. Luego, Bircher volvió su atención a los mandos, pues tenía que arrumbar el cohete y parar después los motores para caer en vuelo libre sobre la Tierra.

Unos minutos más tarde, Geraldine establecía contacto por radio con el potente trasmisor del Campo de pruebas de Vilhemsafen.

-«Aquí el «Abenteurer I». Regresamos a la Tierra».

Regresaban a la Tierra, he aquí cuatro palabras en las que se compendiaba toda la esperanza y la felicidad de aquellos dos seres. Sólo unas horas faltaban de la Tierra, y ya estaban deseando el regreso a su nativo planeta.

El intento de alcanzar la atmósfera del planeta para realizar un amerizaje forzoso en cualquiera de los mares u océanos del Globo, era todavía una aventura llena de riesgos y peligros. Sin embargo, comparado con la aventura que acababan de correr en la fantástica «nave del espacio», Bircher la consideraba con optimismo sin miedo ni excesiva preocupación.

La frágil navecilla que volaba hacia la Tierra, con ser tan débil y estar sujeta a tan terribles fuerzas que podían despedazarla, le merecía plena confianza. Esto era algo en lo que Rolf Bircher podía mandar y hacerse obedecer. Y tanta confianza como tenía en su aparato, tenía su piloto en su propia habilidad, en su serenidad y en su suerte para hacerla llegar a feliz

meta.

Al contemplar el amplio arco que los devolvía de nuevo a la Tierra, Rolf Bircher alcanzó a ver a la «nave del espacio» deslizándose raudamente a su derecha. La portentosa máquina se adentraba rápidamente en las profundidades del espacio desconocido.

-Larga vida -dijo Rolf saludándola con un ademán. Y agregó-: Para que puedas llegar bien lejos y no regresar jamás.

Al perder de vista la nave, la Tierra fue entrando lentamente en el campo visual de Rolf Bircher. Sobre la esfera desplegada ante él, Bircher identificó Europa, y en ésta el punto que llevaba por nombre Alemania. Regresaban a casa y se sentía feliz sólo por esto.

FIN

¡WASHINGTON HA DESAPARECIDO!

El terrible mensaje llegó a la Base Secreta 38, acompañado de la orden:

¡Actúen según instrucciones!

Se iniciaba la guerra Universal; en juego, los ingenios destructivos más potentes que jamás había ideado la mente humana.

¿Significa esto la aniquilación de la vida sobre la Tierra?

Así empieza

LA TIERRA NO PUEDE MORIR

¿Quién había iniciado la horrenda hecatombe?

V. A. CARTER

el tan conocido autor nos presenta con vívidas pinceladas una visión profética de lo que podría ser el conflicto mundial cuya sola idea estremece de terror las almas.

Se publicará en el próximo número de la selectísima colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA.

Precio: 6 pesetas